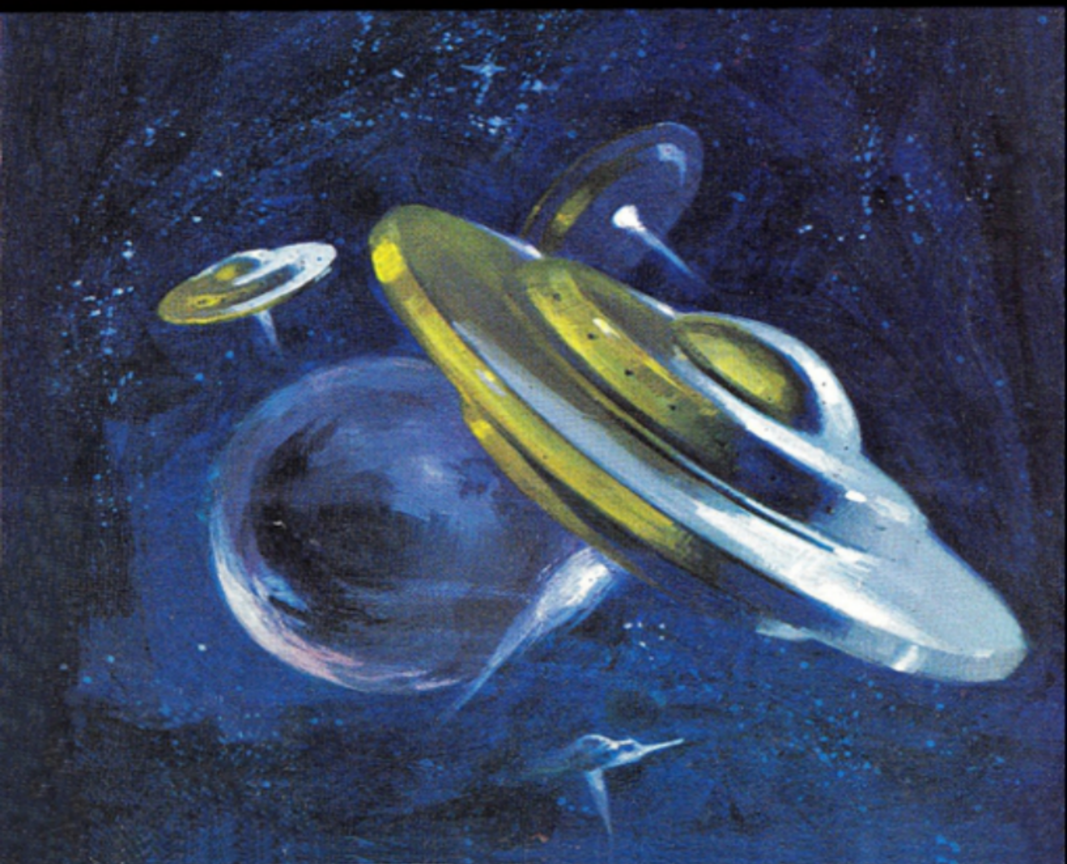
BOLSILIBROS BRUGUERA
CIENCIA FICCION
SERIE la conquista DEL ESPACIO

# EL MENSAJE DE LOS "O.V.N.I."

lucky marty

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

CIENCIA FICCION

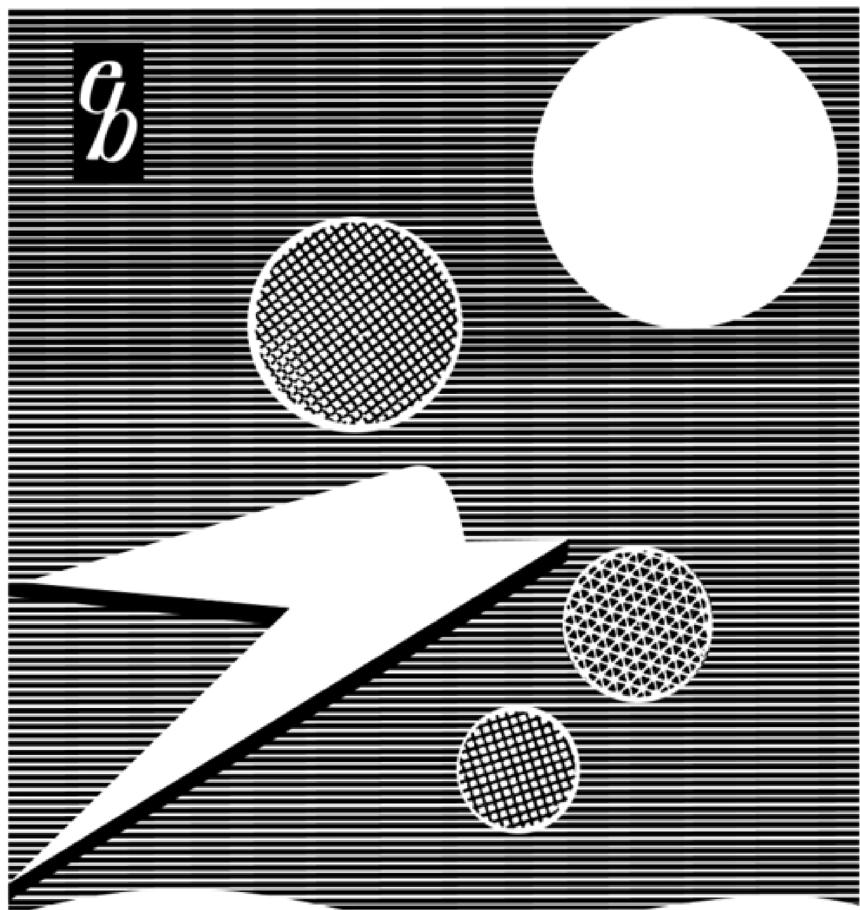
SERIE la conquista DEL ESPACIO

# EL MENSAJE DE LOS "O.V.N.I."

lucky marty

CIENCIA FICCION





# LA CONQUISTA DEL ESPACIO

**LUCKY MARTY**

# EL MENSAJE DE LOS O.V.N.I.

**LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 186**

Publicación semanal.




# EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO**

*ISBN 84-02-02525-0*

*Depósito Legal B. 142 – 1974*

*Impreso en España - Printed in Spain*

*1.a edición: marzo, 1974*

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

**Todos los personajesy entidades privadasqueaparecenenesta novela,asícomolas situacionesdela misma,sonfruto exclusivamente de la imaginacióndelautor, por lo que cualquier semejanzaconpersonajes,entidadeso hechos pasados oactuales, serásimplecoincidencia.**

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 — Barcelona —

ULTIMASOBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

181— Escrito en el tiempo, *SilverKane.*

182— Mil millones de ojos, *SilverKane.*

183— Asteroide Lesbos-3, *Curtís Garland.*

184— Rayo de luz, *LuckyMarty.*

185— ¡Yo detuve el mundo!, *Curtís Garland.*

# CAPITULO PRIMERO

Es una verdad de Perogrullo, pero hay que recordarlo constantemente; la Tierra no está sola en el Universo.

Todo lo más, es un punto diminuto en el Infinito, donde las luminarias eternas de las estrellas trazan sus pasos de baile. En esa danza incansable se agrupan en las Espirales, en los Conglomerados Globulares y en las incontables Vías Lácteas.

Todo eso forma el Cosmos: el Universo.

Cada Vía Láctea es una gran familia de estrellas, donde se agrupan algunos miles de millones de ellas. Cada estrella es un Sol y, a su vez, cada sol tiene por hijuelos a sus planetas.

Cada planeta puede ser un mundo semejante a la Tierra. Sus posibles habitantes cósmicos pueden ser de mil formas o estar constituidos de mil maneras, de acuerdo con su ambientación propia: con sus peculiares características.

Al llegar aquí, la imaginación se fatiga. El hombre sabe todo eso, por lo menos, intuye su existencia. Pero se pierde en el *Más Allá* y se aterra,

por lo que adopta la ingenua política del avestruz, ocultando su ignorancia en el olvido olímpico, cuando no,negando, absurdamente,todasestas posibilidades.

Mas es un olvido del que, periódicamente, tiene que salir por el curso de los acontecimientos. A partir de 1945, estos acontecimientos empezaron a sucederse, primero, de forma paulatina y luego, poco a poco, escalonadamente, pero con mayor continuidad; sobre la Tierra, aquí y allá y al parecer de forma *caprichosa,* empezaron a verse extraños objetos voladores que, a los cronistas de la Prensa les dio por llamar *Platillos Volantes,* quizá debido a su forma esférica.

Hacía poco que la Segunda Guerra Mundial había terminado, y las fechas también coincidían con la apa-lición de los primeros vuelos a reacción. Los modernos aviones volaban a velocidades supersónicas y, generalmente, poco informada, la gente creyó que se trataba de nuevos vuelos experimentales, realizados por alguna de las grandes potencias.

Sin embargo, poco a poco, los llamados *Platillos Volantes* fueron tomando mayor actualidad. Ya que no se trataba de la fugaz visión de cualquier campesino inculto que había creído ver sobre su granja un *extraño objeto volador.* Hombres de reconocida solvencia y buen criterio afirmaron, también, haberlos visto. Sobre todo, en la parte sur del Continente americano, concretamente en la Argentina, Chile y Brasil.

A partir de aquí, astrónomos, físicos y muchos hombres de ciencia, apartaron sus particulares experiencias sobre fugaces visiones, y hasta fotografías que se habían conseguido de los*Platillos Volantes.* La Prensa sensacionalista se hizo eco de tales relatos y puede decirse que hicieron su agosto. Hubo articulista que empezó a escribir sobre la posibilidad de que los *marcianos* querían visitarnos, realizando sus primeros contactos en aquellos vuelos.

Todo esto levantó una formidable polémica y durante algunos meses no se habló de otra cosa. Muchos se divertían, otros especulaban y, muy pocos, lo tomaban en serio. Los más, temblaban interiormente, por más que nada dijeran para no pasar por pusilánimes o miedosos.

Pero la pregunta seguía en pie. ¿Existían realmente los *Platillos Volantes?*

Tocaba a las autoridades de las grandes potencias decidir sobre el caso, pero, por ilógico que parezca, no lo hicieron. Se limitaron a comunicar que ninguna de ellas realizaba experimentos de vuelo, que no fueran ya conocidos y también practicados por los otros países. En consecuencia, nada tenían que ver con aquella fantasía de los *Platillos Volantes,* que bien podían ser simples espejismos de ignorantes, o bien fenómenos al observar la atmósfera.

No obstante, como los *espejismos* se multiplicaron cada vez más, se siguió hablando de los *Platillos Volantes.* Pronto hubo miles de personas dispuestas a afirmar que habían visto los extraños objetos voladores. Hasta salió algún que otro avispado o estudioso que, recopilando todos los incoherentes relatos, publicó libros sobre el caso. Volúmenes que se vendieron en cuidadas ediciones y que llegaron a ser los best-sellersmás discutidos y comentados de su tiempo.

Sin embargo, el interés de la gente empezó a decrecer sobre el año 1965, en vista de que los *marcianos* no se decidían a aterrizar en la Tierra. Veinte años son muchos, para que la gente mantenga la

atención sobre una misma cosa, máxime cuando el cotidiano vivir reclama ponerlo en cosas más tangibles y más concretas.

Y eso que, durante aquellos veinte años, los *Platillos Volantes* no dejaron de hacer sus periódicas apariciones en muchos sitios. Incluso en el aeropuerto parisino de Orly, cierto día de junio de 1960, durante cinco largas horas tuvieron que ser interrumpidos los vuelos de entrada y salida en la capital de Francia, debido a que, sin explicación posible, varios objetos voladores no identificados se mantuvieron a gran altura sobre el aeropuerto.

¡Como si lo vigilasen!

Llegaron de forma inesperada y se fueron del mismo modo, cinco horas después. Por aquellas fechas, también había ocurrido otro caso no menos curioso y sorprendente. Un piloto británico de la BEA, cuando comandaba su gran reactor repleto de pasajeros, distinguió delante del aparato unos haces de luz anaranjados y azules, que, a lo primero, tomó como refracciones del Sol. Pero pronto tuvo que cambiar de opinión, cuando su copiloto le indicó que delante de ellos volaba una nave esférica de color plateado, a gran velocidad, y sin hacer señal alguna.

Alarmados, losmismos pasajeros pudieron ver el extraño objeto volador que, caprichosamente, pese a llevar el reactor doble velocidad supersónica, en un solo segundo desapareció de su vista, ascendiendo hacia elcielo.

También quedó registrado el caso del piloto norteamericano Perry Lhomar, el día que sobrevolando Fort Knox en su turno de vigilancia sobre la Tesorería de los Estados Unidos, comunicó por radio a la base que *algo extraño* y desconocido volaba sobre el lugar donde más oro hay guardado en el mundo. Aquel piloto pidió permiso para perseguir al objeto volador y, valientemente, Perry Lhomar ascendió con su velocísimo *X-15* sin conseguir alcanzarlo.

Simplemente se desintegró en el aire, al alcanzar en su empeño una altura y velocidad prohibitiva para la

resistencia de su *X-15*.

Luego, unos meses más tarde, vino todo lo demás...

La versión de que unos *marcianos* habían aterrizado en una llanura de México. La de unos sembrados calcinados en cierto lugar de Australia, con todos los síntomas de que allí había tomado tierra

alguna nave espacial. Y, desperdigadas entre otras noticias también sobre *PlatillosVoladores,* la confusa declaración de un tal Ralph Mayer que aseguraba haber *hablado* con dos extraños personajes apenas de un metro de altura, tras haberlos visto descender de su *Platillo Volante* en las frías montañas de las Highlands, al norte de Escocia. Por estas fechas, en la Tierra ya se había conseguido poner a un hombre en órbita y el ruso Gagarin pertenecía a la historia de los pioneros astronautas. Las experiencias en este orden, pronto se multiplicaron en los siguientes años y, ninguno de los astronautas, pudo afirmar haberse tropezado con otros viajeros del espacio.

No obstante, ante los miles de casos sin explicación posible, se creó un organismo a escala internacional, que decidió adoptar las siglas *OVNI,* para recopilar todos los datos y estudiar a fondo todo lo que se refiriese a *Objetos Voladores No Identificados.*

Los responsables de *OVNI* ordenaron realizar hondas investigaciones, llevadas a término con tanto secreto que, veinte años más tarde, ya sobre 1985, nadie podía asegurar, en una discusión seria, si los *Platillos Volantes* constituían una realidad o, simplemente, todo era pura fantasía.

En una palabra: todo seguía igual que en 1945, cuando cuarenta años atrás algunos habitantes de la Tierra dieron las primeras voces de alarma, *asegurando* que habían visto objetos voladores no identificados.

Bueno, nadie podía asegurar que los *OVNI* no existían, excepto algunos de los altos jefes de aquella Organización Internacional...

Pero, entre ellos, justificaron su mutismo, para que los habitantes de la Tierra no se alarmaran, creando un verdadero cataclismo.

Sí, era cierto que la Tierra estaba siendo visitada por seres extraños al Planeta. Y lo más sorprendente era que esas visitas no se remontaban solamente a los últimos veinte o cuarenta años. Los investigadores trabajaronbien y el informe que presentaron a un reducido grupo de personas fue concluyente.

Al parecer, y según un profundo estudio sobre todos los datos, los *Objetos Voladores No Identificados* venían haciendo sus periódicas visitas a la Tierra desde hacía...¡MAS DE OCHOMIL AÑOS!

Se llegó a esta sorprendente conclusión tras estudiar y analizar los textos antiguos de viejas civilizaciones, perdidas ya en la larga noche de los tiempos. En China, cinco mil años antes de Jesucristo, ya se

hacían vagas referencias a ciertos *Carros Voladores* que surcaban el cielo a gran velocidad. Estas referencias coincidían con las de los antiguos Vedas de la India, que, a su vez, citaban tales fenómenos en sus libros sagrados, escritos en lengua sánscrita.

En la misma Biblia, hojeándola y estudiándola con atención, también podían encontrarse referencias en tal sentido, que posteriormente podían irse escalonando con los textos de los escribas egipcios, cuando hacían sus composiciones por orden de los poderosos faraones.

Posteriormente, ya en tiempos de las fecundas civilizaciones griegas, en muchos poemas épicos y de carácter religioso, volvían a encontrarse, simbólicamente, referencias de *Carros Volantes* que pasaban sobre los hombres, según entonces creían, conducidos por toda esa caterva de pequeños diosecillos griegos, de los que su mitología está tan llena. El mismo carro tirado por el brioso caballo Pegaso, remontándose en el cielo, ¿no podía haber salido de la visión de un *OVNI?*

La marcha del caprichoso Mercurio, ascendiendo sobre su veloz carro al Monte Olimpo, ¿no significaba, también, la fugaz visión por parte de aquella imaginativa gente, de algún *Platillo Volante?*

Y, ya en la Edad Media, las vagas referencias de tales fenómenos se multiplicaban, aunque adoptando cada escritor y cada país su forma particular de interpretarlos; bolas de fuego que ascendían y descendían del cielo; meteoritos que bajaban a gran velocidad anunciando el fin del mundo, que nunca llegó, porque, sencillamente y de forma inexplicable, cuando ya parecía que iban a chocar contra la Tierra, volvían a ascender para perderse por los infinitos caminos del Cosmos.

Más *Carros Voladores* aparecidos en la literatura medieval en gran profusión de escritos, se continuaban citando a través de los siglos. Hasta que ya en 1945, cuando los hombres salieron de su horrenda Segunda Guerra Mundial, se empezó a escribir valientemente sobre la posibilidad de la visita de los *marcianos.*

Todo aquello no tenía sentido, si no se le buscaba un motivo común: los *Platillos Volantes* u *Objetos Voladores No Identificados.*

Ahí estaban los *OVNI,* los misteriosos objetos extra-terrestres que era una realidad.

Claro que, ¿de dónde procedían? ¿De qué rincón del Universo

venían? ¿Cómo eran sus tripulantes? ¿Cuáles eran sus intenciones? ¿Por qué llevaban tantos miles de años vigilando la Tierra? ¿Por qué no se dejaban ver, abiertamente? ¿Querían invadirla, o se limitarían

a dominar a sus habitantes, por el terror a lo superior,

a lo desconocido?"

Había tantas preguntas que contestar, tantas sugerencias planteadas ante el problema, que para no crear la confusión y el terror fue preciso seguir ocultando celosamente el secreto de la confirmación. Los centros oficiales continuaban dando evasivas o explicaciones más o menos científicas; el caso era no manifestar toda la

verdad.

Era preciso evitar que el histerismo colectivo se apoderase de los habitantes de la Tierra. La gran masa nada podía solucionar con sus opiniones y sí agravar aún más la situación, si reaccionaba presa de terror. Las decisiones correspondían al Gobierno Central Ga-láxico y, hasta incluso, dentro del Organismo Internacional que estudiaba el caso de los *OVNI,* muchos miembros no estaban al corriente de lo que pasaba.

Ante todo, una vez confirmada la existencia de los *Objetos Voladores No Identificados,* lo que convenía saber era cuáles eran las intenciones de aquellos misteriosos visitantes extraterrestres.

Y eso, aún estaba por averiguar...

# CAPITULO II

Los altos jefes del Gobierno Central Galáxico contaban, para seguir ocultando su *secreto,* con la particular inclinación del hombre.

Sabían que, todo lo más, saliendo periódicamente de la letargia de su aburrimiento, de su monótono vivir y de su mezquindad, de sus problemas, los habitantes de la Tierra alzan la vista al cielo e interrogan al Universo, intentando ahondar en sus misterios.

Pero cuando lo hacen, a los comunes habitantes de la Tierra les entra más temor que curiosidad, más recelo que afán científico y también, ¿por qué no decirlo?, más deseo de que para ellos todo siga igual y nadie venga a decirles que en esos puntitos brillantes que pueden descubrir a simple vista, en esas estrellas, en esos remotos sistemas solares y en estas galaxias, pueden existir otros seres racionales.

Eso es una cosa que suele disgustarles y muchas veces se burlan de tal posibilidad, porque implica que allá, en cualquier rincón remoto del Universo, cualquier raza extraterrestre, cualquier fantástica supercivilización, pueda existir y decida venir a visitarnos.

Al hombre medio, todo esto le desagrada. Ha venido creyendo durante mucho tiempo que él es el Rey de la Creación y la posibilidad de que no sea así, le enfurece. También le humilla, le rebaja y le deja convertido en una simple muestra de la maravillosa variedad de la Vida.

La raza humana quiere seguir siendo la reina del Universo y rechaza, por instinto, y quizá también por soberbia, toda posible competencia. Su reacción es la del niño mimado que ve en la llegada del nuevo hermanito, una merma en el cariño de los padres.

¡Infantilismo!

Por esto el hombre no se dispone, en general, a recibir amistosamente a los posibles habitantes de otros mundos. Antes al contrario, los considera de antemano nefastos, perjudiciales y enemigos en potencia, para él. De ahí que se afane en rechazarles, si es que algún día osan acercarse a su querido mundo.

En menor proporción y a guisa de ejemplo, éste ha sido el conflicto

interno de las razas humanas.

Unas a otras siempre se han rechazado, incluso, hasta las tribus y los pueblos de la misma raza.

La remota antigüedad nos habla de las luchas entre asirios y babilónicos. Entre, egipcios e hititas. Entre persas y griegos. Entre romanos y bárbaros. Entre cartagineses y romanos. Entre vikingos y normandos. Entre franceses e ingleses. Entre españoles y pueblos indígenas, cuando la colonización americana.

Durante siglos, cada raza, cada pueblo, empuñó las armas con la íntima convicción de que ellos tenían larazón. Y cada batalla ganada al enemigo la atribuyeron a un don del cielo.

A una gracia divina.

Y Dios, afligido, pero sin intervenir en estas luchas fratricidas, siguió dejándoles a su libre albedrío, hasta que aquellos mismos, guiados por su razón, terminaron uniéndose en un pueblo común y sintiéndose todos hijos de la madre Tierra.

Sí, hijos todos de un mismo planeta, ¿por qué no llegar a entenderse?

Con el paso del tiempo el hombre fue comprendiendo y su planeta se pacificó, constituyéndose el Gobierno Central Galáxico. El ser blanco o negro, amarillo o cobrizo, fue considerándose que más bien era el resultado geográfico que un motivo de desacuerdo.

Lasotras pequeñas diferencias también se fueron salvando.

Pero ahora tendría que volver a empezar. Ahora posiblemente tendría que luchar contra seres extraterrestres.

¿Hasta que él colonizara otros planetas, otros mundos y otras galaxias, o hasta que le esclavizaran a él...?

* **

Ante tamaña responsabilidad, los altos jefes del Gobierno Central Galáxico se reunieron, las últimas conclusiones de los que se cuidaban del estudio de los *OVNI* lo exigían así.

Y en su calidad de Secretario de Defensa, el tenientegeneral Paul Quiin propuso con su característica energía:

—¡Basta de discutir, caballeros! Lo que debemos hacer, lo sabemos todos muy bien. ¡Destruir esos condenados *Platillos Volantes!*

Hubo un murmullo en toda la sala y al fin, la voz pausada del sabio atómico Curt Hartman indagó, con leve sonrisa:

—Muy bien, general Quiin. Pero... ¿quiere decirnos cómo?

Visiblemente molesto, el general Paul Quiin replicó: —Esa pregunta es caprichosa, profesor Hartman. ¡Tenemosarmas suficientemente poderosas para hacerlo! ¡Y usted lo sabe!

—¿Se está refiriendo a nuestros cañones atómicos, general?

Últimamente, todos conocían la amistad entre el enérgico general Paul Quiin y el calmoso profesor Curt Hartman. Por eso no les extrañó que el Secretario de Defensa contestase, con la misma ironía:

—¡Exactamente, profesor! Me refería a nuestras armas atómicas en cuya fabricación, precisamente, tanto ha intervenido usted.

—Por eso sé que no resultarán eficaces.

Esta vez no fue el general Quiin quien contestó, al adelantársele el Secretario de Armamentos Sean Buttons que indagó, tan extrañado como el resto de los reunidos:

—¿Insinúa que nuestras armas atómicas serán ineficaces contraesos *PlatillosVolantes,* profesor Hartman?

—Presuponer eso, es tanto como admitir que estamos indefensos —dijo alguien más.

—¡Es absurdo! —rechazó otra voz—. ¡No puede existir nada capaz de resistir una explosión atómica!

El profesor Curt Hartman alzó sus cuidadas manos y rogó, con su pausada voz, al mirar a todos:

—¡Calma, amigos! Yo no he dicho que esas naves espaciales sean invulnerables a un impacto atómico. Soy hombre de ciencia y sobradamente sé que toda materia, por dura y resistente que sea, puede ser desintegrada. ..

—¿Entonces…?

—Me he limitado a decir que no resultaría eficaz. ¡Que no es lo mismo!

—¿Por qué no? —volvió a la carga el general Quiin.

—Porque… ¿Qué adelantaríamos con destruir una, o veinte, de esas naves, en el caso de que nuestros cañonesatómicos pudieran sorprenderlasyacertarlas?

—¡Darles un buen escarmiento! ¡Indicarles que no estamos dispuestos a permitir que se paseen tranquilamente por nuestro espacio exterior! ¡Y mucho menos, dejarles que se acerquen a la Tierra!

—¡Bah! Eso vienen haciéndolo desde miles de años, general Quiin. ¿O es que no ha leído los informes de *OVNI?*

—¡Los he leído! Pero no estoy de acuerdo con esa parte. Me niego a creer que hace miles de años esos *Platillos Volantes* vienen observando la Tierra. —El informe es muy meticuloso —puntualizó, con cierta ironía, el profesor Hartman—.Particularmente, yo lo encuentro muy acertado.

—En último término, eso poco nos importa ahora —volvió a intervenir el Secretario de Armamentos, Sean Buttons—. Lo que nos interesa son sus últimas conclusiones. ¡El saber que los *OVNI* son una realidad!

—Al contrario, señor Buttons —le atajó el profesor Hartman—. El saber que hace miles de años nos vienen observando, es muy importante. ¡Mucho!

—¿Por qué? ¡Lo urgente es lo de ahora! ¡La certeza de que ahora lo hacen!

El profesor Curt Hartman clavó sus pequeños y vivaces ojillos sin pestañas en el Secretario de Armamentos y dijo:

—Usted sufre un error de apreciación, querido amigo. ¡Muchos de ustedes lo sufren, según veo!

—¿Quiere explicarse, profesor?

—Con mucho gusto, señor Buttons… ¡Con mucho gusto!

La calma de aquel hombre era desesperante. Estaban discutiendo una cuestión tan vital y urgente y, sin embargo, él parecía recrearse prolongando sus respuestas. La sonrisa volvía a aflorar a sus finos labios cuando añadió:

—Repito que las conclusiones del *OVNI* son acertadas y que doy por cierto que esos seres extraterrestres nos vienen observando hace miles de años. Ello implica que, en remotos tiempos, poseían una avanzada técnica capaz de acercarse a nuestro planeta.Hizo una pausa, antes de seguir, tras mirar a todos: —De eso pueden Reducirse muchas cosas, caballeros... ¡Muchas! Y una de ellas es que también deben poseer armas atómicas. ¡O aún más poderosas!

Reinó el silencio y, con cierta sonrisa, remachó: —¿No les parece lógico, caballeros? —Bueno, profesor Hartman... ¿Y qué? —dijo, al fin, el general Paul Quiin—. ¡Si es preciso, lucharemos!

El profesor Curt Hartman nuevamente se volvió hacia él, al repetir:

—¿Luchar...? ¿Cómo y contra quién? —¡Contra esos*PlatillosVolantes o* esos *OVNI!* —Bien, ¿y sabe usted si los tripulantes de esas naves son, realmente, nuestros enemigos?

—Tampoco sabemos si son amigos. ¡Pero sí que están invadiendo nuestro espacio! Eso ya es síntoma suficiente para advertirles seriamente. —¿A cañonazo limpio, general Quiin? —¿Por qué no, profesor?

—>Por muchas razones: una de ellas, porque no sabemoscómo puedenresponder. Hastaahoranoles hemos molestado y nada nos han hecho.

—Olvida una cosa, profesor Hartman; hasta ahora, no teníamos la certeza de que se trataba de naves construidas fuera de la Tierra.

Curt Hartman pareció darse por vencido en la discusión, al admitir:

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo, general Quiin! Seamos lo bastante locos como para declarar la guerra a otra raza extraterrestre, de la que nada sabemos, como nosea la certeza de que poseen una técnica muchísimo más avanzada que la nuestra. ¡Seamos lo bastante locos, como para lanzar a un posible cataclismo a toda la Tierra! ¡Y seamos también lo bastante estúpidos, como para destruir lo que puede ser un intento de amistosa aproximación de esos seres que, con

seguridad, de haberlo deseado, pudieron destruirnos hace tiempo! ¿Le parece?

La perorata del anciano profesor Curt Hartman causó en los reunidos el efecto por él deseado. Y al poco, la voz del Presidente Leo Froebe se dejó oír al admitir:

—Está bien, profesor Hartman. ¿Qué propone usted? Esta vez el calmoso profesor no dilató su respuesta al exclamar con vehemencia:

—¡Paz...! ¡Comprensión...! ¡Entendimiento!

Desde un ángulo del gran hemiciclo, alguien preguntó:

—¿Y si *ellos* no lo desean así, profesor? Girando con viveza su cabeza hacia allí, el preguntado confirmó:

—*Ellos* ya lo han demostrado que lo desean así. ¡Repito que ya nos habrían aniquilado, de haberlo deseado!

—Tiene usted excesiva fe en esos misteriosos seres, profesor Hartman.

—¡Sí! ¿Puede decirnos por qué?

El profesor Curt Hartman pareció vacilar, volviendo a su pausada forma de hablar, al decir:

—No... No puedo decirles por qué tengo fe en *ellos.* Al menos, con argumentaciones sólidas y demostrables.

Pero mi fe es intuitiva... ¡Yo diría que deductiva, caballeros! —¿Por qué deductiva?

—Moléstese en pensar un poco y también deducirá usted: seres que han llegado a un grado de perfección de la técnica capaz de viajar por los espacios siderales, forzosamente tienen que pertenecer a un pueblo supercivilizado. Y que yo sepa, la civilización siempre mejora, no embrutece.

—Juzga sobre bases supuestas, profesor Hartman —volvió a intervenir el enérgico Secretario de Defensa, Paul Quiin—. Ese razonamiento vale para la raza humana. Pero ¿es válido para *ellos?* Esos seres, quienesquiera que sean, ¿reaccionan igual que nosotros? ¿Tienen los mismos conceptos sobre la moral? ¿Las mismas ideas sobre el bien y el mal?

—Hay que confiar en que sea así, general Quiin. —¿Y si nos equivocamos? ¿Y si les juzgamos con la misma medida humana, que no les corresponde? —Tendremos que correr ese riesgo. —¡No estoy de acuerdo!

Nuevamente la discusión se hizo acalorada y hasta violenta y, quién más quién menos, excitándose y levantándose de su asiento, expuso los mismos temores que el general Paul Quiin, que volvió a ganar terreno al profesor Curt Hartman. Al instante se dio cuenta que él y sus partidarios estaban siendo desbordados, por lo que se puso a gritar:

—¡Locos! ¡Llevaréis a la raza humana a un suicidiocolectivo!

Como Presidente de turno del Gobierno Central Galáxico, Leo Froebe reclamó silencio y anunció:

—¡Se someterá a votación!

Rotos sus nervios, calculando que sería derrotado, el profesor Hartman se volvió hacia el Presidente y estalló:

—¡Eso es ridículo, señor Presidente! ¡Hay cosas que no deben someterse a la votación de los cretinos!

Sus palabras insultantes levantaron nuevo tumulto, con protestas airadas hasta que el Presidente repuso:

—¡Por favor, profesor Hartman! Sea usted más comedido. Cada uno de los hombres reunidos aquí, merece su respeto.

—¡No, cuando se comportan como majaderos! El sistema democrático de la votación, más de una vez ha llevado al desastre. ¡Me río yo de la agudeza de la raza humana! ¡Da asco!

Y entre un clamor de protestas abandonó la reunión, musitando para sí, entre dientes:

—¡Imbéciles! Tendré que variar de plan... ¡Me obligarán a destruirles a todos!

Luego, ya en la calle y más calmado, volvió a reflexionar:

—Lo consultaré...

## CAPITULO III

Lise Borg conectó el piloto automático y ya no volvió a preocuparse del vehículo.

La muchacha tenía plena seguridad en el sistema electrónico que regulaba la intensa circulación, por medio de un sinfín de células fotoeléctricas, que entraban en funcionamiento cada vez que un conductor conectaba su piloto automático. Gracias al ingenioso sistema, los accidentes de circulación se habían reducido al mínimo, en los últimos cien años. Prácticamente, ningún vehículo podía entrar en colisión con otro porque las células fotoeléctricas, actuaban de forma eficaz sobre los frenos, permitiendo que el coche que tuviese la preferencia pasara sin reducir velocidad.

Los vuelcos o despistes en las autopistas también resultaban de todo punto imposibles; el magnetismo de la pista actuaba sobre las ruedas de forma que, aun dejando al vehículo en total libertad de movimientos, no permitía al coche salirse de ella, a no ser que no actuase el mando correspondiente para verse libre de aquella fuerza magnética.

Aquella seguridad era el resultado de la técnica y laciencia que el hombre habíaalcanzado para mejorar su constante desarrollo en el *viejo* planeta que habitaba.

Desde el Departamento de Acústica hasta el astródromo de Prestwich, Lise Borg sabía que había más de mil doscientas millas y con sus pupilas azules se puso a contemplar el paisaje que desfilaba velozmente ante ellas. Prados muy verdes, montañas muy lejanas con tonos azules y pardos y, de vez en cuando, grupos de árboles que anunciaban la proximidad de alguna granja, un caserío o algún rancho de explotación colectiva.

Vida tranquila aquélla, bucólica y apacible, lejos del constante trajín de la gran ciudad, en donde todos parecían llevar prisa y tener siempre los segundos contados, como si fueran a morir.

Como hacía ella misma, Lise Borg.

Claro que, cuando fuese la esposa del capitán Blay Farrell, todo

cambiaría para ella. El estaba destinado en el astródromo de Prestwich y ella dejaría para siempre el ruidoso Departamento de Acústica en el cual trabajaba. Allí todo eran ruidos, aparatos complicados para medir, controlar y saber la intensidad de éstos; pantallas oscilatorias que registraban en grandes gráficos los *hertzios,* esas unidades de frecuencia que son las equivalentes a una vibración o ciclo por segundo.

¿Qué le importaban a ella los sonidos? Desde que conocía al capitán Blay Farrell, solamente mostraba interés por los que producían sus viriles labios cuando le dirigía palabras de amor. Un *te quiero* de Blay Farrell valía por toda la gama de sonidos que pudieran registrarse en su computadora, durante su carrera deespecialista.

Aunque, para ser sincera con ella misma, Lise Borg tenía que admitir que inquietante sensación del amor había llegado precisamente hasta ella, a través del estudio de los sonidos.

Recordaba aquel día, perfectamente, no lo olvidaría nunca. Ella estaba ante su complicada computadora registrando la intensidad de unas vibraciones, cuando una voz de hombre quedó á su espalda, al decir:

—Oiga, rubita, ¿quiere decirme por qué diablos nos han mandado esta citación?

Lise Borg se había vuelto airada, para mirar al inoportuno visitante y gritarle que saliera de su laboratorio. Pero ante la presencia de aquel hombre, sin saber por qué, frenó sus ímpetus y sólo pudo quedar con la boca medio abierta.

¡Como una tonta colegiala!

Cuando logró recuperarse avanzó hacia el hombre alto, de anchos hombros que lucía el uniforme de capitán de las Fuerzas Espaciales. Se sintió observada por él desde la cabeza a los pies y ella también pudo apreciar que tenía los cabellos rebeldes, color castaño y ojos grises, con pupilas penetrantes.

Confusa, se ruborizó ante la admirativa observación del hombre, que mostraba el impreso que llevaba en la mano, mientras ella decía:

—¿A qué citación se refiere; capitán?

—¡A ésta!¡Considero que no es oportuna!

Sí; Lise Borg recordaba muy bien aquel encuentro con Blay Farrell. Y ahora, mientras corría a sus brazos, sonrió, pensando que era natural que estuviera tan enamorada de él. Aquella tarde estaba muy arrogante y atractivo, pese a su enfado por haber sido citado al Departamento de Acústica.

También recordaba que a su exclamación, ella pudo reprochar:

—¡El único inoportuno que hay aquí es usted, capitán! No debió entrar en esta sala, yo estaba trabajando y con su vozarrón lo ha estropeado todo. El registro del sonido que estaba analizando...

Pero él no la dejó terminar y agitando sus manos de piel morena, atajó:

—Al grano, rubita, entré aquí porque una chica me dijo que usted era el jefe. Queremos saber, el coronel Holtzman y yo, qué quejas tienen contra nosotros. Este papel dice que...

—¡Sé muy bien lo que dice esa citación, capitán! ¡La firmé yo!

Entonces, él empezó a mostrarse más amable y correcto, al aceptar:

—Bueno... Si al menos hubiese sido una citación para cenar con usted...

—¡No es para cenar, capitán! Es para advertirles que sus reactores no hagan tanto ruido cuando vuelen sobre la ciudad. Descomponen todos nuestros aparatos y, muchas veces, tenemos que repetir el trabajo.

—Mire, rubita, el coronel Holtzman y yo podemos ordenar a nuestros hombres que cuando vuelen sobre laciudad no silben ni hablen. ¿Comprende? Pero... ¿Quiere indicarme cómo podemos ordenar a los motores que hagan menos ruido, para que no la molesten a usted?

—Usted verá la forma de hacerlo, capitán...

—Farrell, rubita... Blay Farrell.

—Gracias, capitán Farrell... Pues, como decía, ustedes verán la manera de evitar que pasen sobre el Departamento de Acústica.

—¿Quiere que discutamos eso esta noche, señorita? Podría venir a

buscarla y mientras cenamos…

—No sé si debo. Yo…

—Pregúntese si quiere, qué es mejor. ¡A las siete estaré aquí!

Blay Farrell había girado sobre sus talones y no le dio tiempo a opinar. Pero ella se había alejado porque, desde aquella feliz tarde, siempre hacía lo que él quería. En el fondo, ¿darle satisfacción a él no era sentirse feliz ella misma?

Aunque ahora…

Ahora estaba haciendo algo que Blay Farrell le había prohibido; acercarse a la Base de Prestwich.

Claro que Lase Borg se justificaba al decirse que una mujer enamorada no podía resistir siete largas semanas de separación. El coronel Alster Holtzman había ordenado a sus pilotos que no salieran de la Base bajo ningún concepto y por eso ella iba a visitar al hombre que amaba.

¿Qué podía pasar en la Base, para que Blay Farrell y los otros pilotos no pudieran salir de ella?

## CAPITULO IV

El teniente Pat Summer le dio un golpecito al rey y la ficha cayó sobre el tablero de ajedrez, dando la partida por ganada a su compañero Dickson Lolman. Y para justificar su derrota, comentó:

—Bueno, afortunado en el juego, desgraciado en amores. ¡Ya se sabe!

El jovial Dickson Lolman sonrió también, rechazando:

—Contigo no va eso. ¡Hace un siglo que no besas a una chica!

—¿Yo? Tengo tantas como quiero.

—¡Ya, ya! Por eso le rogaste a la novia de Short que te buscase una amiga, para salir los cuatro juntos. Aquí nos enteramos de todo, bribón.

—Claro, como que en estas semanas que llevamos encerrados aquí, no hay más que hablar y chismorrear. ¡Comadreja!

El oficial llamado Short protestó, al recordar a sus compañeros:

—¿Y los vuelos de patrulla qué, Dickson?

—No te quejes, Short. A lo mejor hay suertecilla ylogramos interceptar a uno de esos *Platillos Volantes.* Puede que tropieces con una bella marciana y... ¡Me han dicho que son muy lindas!

La carcajada fue general y uno de los pilotos añadió más leña al fuego:

—¿Lindas? No lo creas, Dickson. ¡A mí me han dicho que son horribles! Con dos cuernos en la frente y un solo ojo... ¡Bizco, para más señas!

Tenían que entretenerse en algo, en las siete semanas que llevaban encerrados en la Base. La orden que había recibido el coronel desde el Departamento de Defensa fue tajante: nadie podría abandonar el astródromo bajo ningún concepto. Los vuelos de patrulla se harían constantes, tanto de día como de noche.

La gran Base de Prestwich estaba encargada de vigilar todo el

espacio aéreo del Continente americano, desde Alaska y el estrecho de Bering, hasta el cabo de Hornos y la Antártida, y a una altura que fuese el techo máximo de los modernos reactores.

Las naves espaciales, que en número de quince estaban destinadas en la Base, harían el mismo servicio, pero remontándose, debido a su mayor capacidad de vuelo, hasta los quince mil kilómetros, vigilando el espacio exterior, con orden de derribar a toda nave que no se identificase por radio.

Por supuesto, el Departamento de Defensa se había visto obligado a informar al coronel Alster Holtzman de los motivos de tales medidas de vigilancia. No se podía enviar a unos hombres a la lucha, sin al menos decirles algo sobre la clase de enemigos con los cualestendrían que enfrentarse. Al abordar tal problema la palabra *marciano* surgió, aunque el general Paul Quiin insistió que bajo ningún concepto debía utilizarse el término, dado que se tenía una seguridad absoluta sobre los misteriosos *Platillos Volantes.*

En concreto: Todas las Bases Aéreas de la Tierra debían vigilar de día y de noche, para interceptar los vuelos de los *OVNI.*

*Se* deseaba poner punto final al espionaje de los *Objetos Voladores No Identificados.* Del resultado de esta vigilancia, podía depender la vida de todos los habitantes de la Tierra, que, al fin, olvidaba su natural miopía, dispuesta a hacer cara al gran problema.

El momento crucial había llegado.

Si era cierto que durante miles de años *ellos* se habían paseado a capricho por el espacio para vigilar, y posiblemente destruir, las defensas del planeta, ahora les tocaba a los habitantes de la Tierra sorprenderles en su pertinaz espionaje.

Los geólogos aseguraban que la Tierra venía girando en el espacio durante billones y billones de años. En todo ese tiempo, tan largo como una eternidad, el Planeta había pasado por muchas vicisitudes, de todo orden. Las vicisitudes de los últimos veinte mil años no habían sido de tipo geológico, sino más bien de conflictos internos, que sus propios moradores habían; creado.

Todo aquello, al fin, había sido superado. En la Tierra reinaba la paz y el Gobierno Central Galáxico regíalos destinos de treinta mil millones de seres que ya no se dedicaban a exterminarse los unos a los otros.

Pero, por lo visto, ahora empezaba un nuevo ciclo. El ciclo de las luchas extraterrestres, con seres cósmicos, habitantes de otros planetas que, posiblemente, vigilaban la Tierra desde otra Galaxia.

Un tenebroso panorama, cuajado de incógnitas.

Pero los pilotos de la Base de Prestwich eran hombres jóvenes, llenos de vida y deseosos de entregar la suya en defensa de su planeta. Cuando les dieron la sorprendente noticia no se habían amilanado y más bien se dedicaban a bromear entre ellos, antes que llegase la hora de la verdad.

* * *

Una luz roja osciló en los paneles del puesto de control de la Base de Prestwich. El centinela se acercó al micrófono para anunciar:

—¡Oficial de guardia! Se acerca un vehículo por la pista número seis.

En la sala de oficiales el teniente Dickson Lolman recibió el aviso y contestó:

—Está bien, muchacho. Si no tuerce por el camino de Cheviot Hills, dile al conductor que no puede seguir. ¡Nadie debe entrar ni salir de la Base!

—Bien, señor.

Sin embargo, media hora después el centinela tenía ante él a la rubia Lise Borg que le preguntó, ante su negativa:

—¿Quién es el oficial de guardia?

—El teniente Dickson Lolman, señorita. Pero le repito que...

—Dígale que la señorita Lise Borg tiene que hablar con él.

El centinela miró otra vez a la hermosa muchacha rubia, terminando por admitir malhumorado:

—¡De acuerdo! No he visto a nadie más obstinado que usted, señorita.

Un segundo después, estaba comunicando:

—Aquí hay una venus rubia que desea hablar con usted, teniente Lolman. ¡Insiste en entrar en la Base! Ya le dije que…

A través del visófono, asomándose más a la pantalla, el teniente Dickson Lolman interrumpió al centinela al repetir:

—¿Una venus rubia, muchacho?

Todos los otros oficiales le miraron y él añadió:

—¡Ya las tenemos aquí! Pero en vez de marcianas, el centinela dice que es venusina y…

Los otros oficiales sonrieron por su comentario, aunque Pat Summer hizo un gesto con la mano al rechazar:

—¡Bah! Puedes guardártela para ti, Dickson. ¡Os la regalo!

Ya más serio el oficial de guardia se encaró con la pantalla del intercomunicador:

—¿Qué diablos quiere esa rubita, muchacho?

—Dice que se llama Lise Borg y que es la prometida del capitán Blay Farrell, señor. Llegó con su coche comoun cohete, sin hacer caso de las señales prohibitivas y asegura que no se marchará sin hablar con el capitán.

—¿Lise Borg? —exclamó el oficial de guardia. Y luego, tras un instante de vacilación, anunció: —En veinte minutos estoy ahí, muchacho. ¡Voy en el *Saltamontes!*

Para todo el personal de la Base de Prestwich un *Saltamontes* eran los modernos helicópteros a reacción que, generalmente, se utilizaban para trasladarse de una parte a otra del astródromo. También llamaban *Cigüeña* a los pequeños aviones biplazas, accionados por pilas atómicas, que tenían aún mayor velocidad.

El teniente Dickson Lolman se ajustó el traje de pilotar, requirió el casco de manos de uno de los ordenanzas y anunció a los otros oficiales:

—La novia de Blay está aquí. ¡No sé qué diablos voy a decirle!

—La verdad, Dickson, que está de servicio. —¿Y crees que es normal

que llevemos dos meses de servicio? Blay la veía, antes, casi todos los días.

—Ordenes son órdenes, Dickson. ¡Nadie debe saber que andamos a la caza de *Platillos Volantes!*

La voz áspera del coronel Alster Holtzman, confirmó, al entrar en la gran sala de oficiales:

—Bien dicho, teniente Masson... Nuestra misión es un alto secreto militar. Cualquier distracción podría significar el pánico colectivo, con muy graves consecuencias.

Todos se cuadraron ante el jefe de la Base, que añadió:

—Yo iré con usted, teniente Dickson. Hablaré con la novia de Blay.

—Gracias, señor. Es una buena amiga y para mí habría resultado embarazoso mentirle.

—Tendremos que hacerlo, teniente. ¡Vamos!

Minutos después, cubierta la distancia desde el control neurálgico de la Base hasta la pista número seis, el helicóptero a reacción descendía a cien yardas donde esperaba el centinela junto a una nerviosa muchacha rubia.

El coronel Alster Holtzman saludó militarmente, al tiempo que el teniente Dickson Lolman ofrecía la mano a la mujer:

—Hola, Lise. ¿Cómo por aquí?

—Muy impaciente, Dickson. ¿Qué pasa con Blay? ¡Hace un siglo que no le veo!

El coronel intervino:

—Señorita Borg... Me temo que no podrá ver al capitán Farrell. Y supongo que él le habrá dicho que no debía venir aquí.

—Melo dijo, coronel. Pero Han pasado cerca de dos meses y yo...

—¡Eso no importa, señorita! El capitán Farrell no puede abandonar la Base. ¡Ni recibir visitas!

Lise Borg ya había hablado en otras ocasiones con aquel hombre y recordaba que nunca se había mostrado con ella tan brusco y distante.

Cruzó fugazmente sus pupilas azules con las pardas del joven teniente Dickson Lolman, para formular la pregunta:

—¿Qué pasa,coronel?Nunca huboinconvenientespara que los familiares visitaran a sus pilotos. He estado otras muchas veces aquí y...

—Ahora todo es distinto, señorita. Debe admitirlo así y no hacer más preguntas.

—Es imposible, coronel. ¡Blay y yo, acordamos casarnos dentro de tres días!

—Tendrán que aplazar la boda..., por ahora.

—¿Por qué? —nuevamente buscó los ojos del amigo, al preguntar directamente al teniente—. ¿Le ha ocurrido algo a Blay? Por favor, Dickson... ¡Debes decírmelo!

Dickson Lolman se sintió molesto y sólo acertó a decir:

—Blay está bien, pero nosotros... El coronel te informará.

Molesto también por el encargo del oficial, Alster Holtzman mintió:

—El capitán Farrell, así como otros de mis oficiales, están..., están. ¡Arrestados!

Vio la sorpresa y la alarma en los ojos de la muchacha y amplió:

—No es de mucha importancia... Simples irregularidades en el servicio. Comprenderá que debemos imponer disciplina y...

—No se excuse, coronel. Son cosas en las que no debo meterme. Pero no veo la razón para no entrar a saludar a Blay, una vez que ya estoy aquí. Por muy grave que haya sido su falta, creo que...

Tuvo que interrumpirse al oír los pasos del centinela que corría hacia ellos desde la torreta de control de la entrada, gritándoles:

—¡Coronel! ¡Oficial de guardia!

El enérgico Alster Holtzman giró sobre sus talones y, sin inmutarse, inquirió, fijos los ojos en el soldado,:

—¿Qué ocurre?

—¡Es del puesto de Control Central, señor! ¡Está recibiendo mensajes de la nave del capitán Farrell, coronel!¡Es muy urgente!

Con la alarma en los ojos, Lise Borg miró al militar, que había mentido, al recordarle:

—¿No me dijo que Blay estaba arrestado, coronel? ¿Cómo es que está pilotando una nave?

No obtuvo contestación.

# CAPITULO V

El coronel Alster Holtzman no había contestado, al estar ocupado con el intercomunicador, preguntando a su vez:

—¿Qué ocurre, mayor? ¡Hable pronto!

La voz llegó hasta ellos claramente informando:

—Le pongo con el capitán Farrell, señor. Su nave halocalizado una escuadrilla de *Platillos Volantes*... ¡Y se!e vienen encima!

Sin poder evitarlo, como sacudida por un resorte, Lise Borg apartó de un codazo al teniente Dickson Lolman y al coronel, precipitándose hacia el micrófono, al llamar:

—¡Blay! ¡Blay! ¿Me oyes, cariño? ¡Soy yo! ¡Lise!

A unos quince mil kilómetros de altura sobre la Tierra, por centésima vez en aquellos tres días de constante patrulla, el capitán Blay Farrell ordenó a su copiloto:

—Conecta la pantalla de radar, Claney. Claney Hill miró al comandante de la nave, informándole:

—Andamos escasos de energía, Blay. Ese *chisme* consume mucho.

—¿Qué pasa con las baterías generadoras, sargento Yay?

El sargento Yay Banto, a su vez, informó: —-Hemos tenido avería, capitán; un cortocircuito las inutilizó.

Blay Farrell miró al panel del cuadro de mandos, leyó unas cifras y tras hacer mentalmente un cálculo, transmitió a la tripulación de la nave:

—Regresamos, muchachos. ¡Ya tengo ganas de darme un buen baño!

El teniente Claney Hill miró los relojes atómicos y creyó conveniente recordar a su jefe:

—Nuestra patrulla no termina hasta las 6,15, Blay. Aún nos faltan tres horas.

—Le diré al coronel que hemos tenido avería en las baterías generadoras de energía. Tres horas más volando, y ya me dirás cómo íbamos a tomar tierra.

La pantalla del radar había sido nuevamente encendida y, en aquel instante, Claney Hill se inclinó para observar mejor el puntito luminoso que, velozmente, iba cambiando de dirección.

Y su voz surgió, alarmada:

—¡Mira esto, Blay! ¡Esa nave se nos viene encima!

Blay Farrell volvió a hacer cálculos, fijas las pupilas en el puntito luminoso de la pantalla del radar.

—¡No puede ser la nave de Yoshi ni la de Ray! Yoshi debe estar volando sobre el Pacífico a la altura de las Hawai.

Reaccionó velozmente y conectó la radio en la onda de frecuencia precisa, hablando con excitación:

—¿Yoshi? *Aquí Águila I a Águila II*... Repito: *Águila I a Águila II*... ¿Me oyes, Yoshi?

La voz de Yoshi, con su pésimo inglés por haber nacido en el Japón, llegó hasta ellos, confirmando:

—*Águila II* a *Águila I.* Te oigo perfectamente, Blay

¿Qué pasa?

Más tranquilo el capitán Blay Farrell, preguntó:

—¿Sigues tu ruta normal de vuelo, Yoshi?

—Naturalmente, Blay. ¿Por qué no había de hacerlo? Por aquí todo sigue sin novedad, aunque a cada pasada que le damos a las islas Hawai despierta la envidia de mis muchachos. ¡Nos gustaría bajar a darnos un bañito en las doradas playas de Honolulú!

Mientras hablaban, los ojos de Blay Farrell no dejaban de observar aquel inquietante punto luminoso en la pantalla del radar, anunciando al comandante de laotra nave:

—Corto, Yoshi... Voy a intentar comunicar con Ray. Cambiada la frecuencia de onda, a poco, Blay Farrellanunciaba:

—*Águila I* a *Águila III.* ¿Puedes oírme, Ray?

Esta vez la voz fue gangosa y Ray Stell llegó hastaellos al informar:

—Perfectamente, Blay ¡Ya nos queda poco! Por nuestros relojes, dos horas y cuarenta y cinco minutos, para que nos releven. Tres días *paseándonos* por aquí arriba son aburridísimos, chicos.

—Sigues tu ruta normal, ¿verdad, Ray?

—¿Qué remedio? Tú y Yoshi habéis tenido más suerte. ¿Qué tal las costas de California-y Canadá?

—¡Maravillosas.. Ray! Pero hay algo que no acabo de entender. En nuestra pantalla tenemos un punto luminoso que no deja de acercarse. Sí sigue así, en pocos minutos lo tendremos encima...

La voz gangosa de Ray Stell llegó hasta ellos, cuajada de recelos:

—¿Un..., un punto luminoso, dices, Blay? ¿Te refieres a alguna astronave?

—Sí, Ray... He comunicado también con Yoshi y ni él ni tú podéis ser. Por lo que estoy pensando que puede ser...

—¿Un *Platillo Volante,* Blay? ¡No!

—Lo es, Ray... Y no uno. ¡Son varios!

Blay Farrell cortó la comunicación con la nave *Águila III* y buscó la onda de frecuencia que le pondría en contacto con la Base de Prestwich. Y al terminar de transmitir las señales que la identificaban, pudo informar al mayor de la Torre de Control Central, ya sin molestarse en mirar a la pantalla del radar:

—Mayor Loring... ¡Agárrese bien, señor! ¡Tenemos cinco *Platillos Volantes,* que están evolucionando para rodearnos!

Más o menos se esperaba una cosa así y, en aquellas largas siete semanas de constante patrullar, cada tripulación había soñado con ser ellos los primeros en descubrir los *Objetos Voladores No Identificados.*

Sin embargo, una cosa era soñar con ese encuentro, yotra muy distinta estar en realidad ante los misteriosos *OVNI.*

Y, al parecer, elplan de ataque, rodeando la nave que comandaba el capitán Blay Farrell. ¿Qué sería del *Águila I,* pese a sus poderosos motores y al arsenal atómico del que iba dotada?

El mayor Loring aceptó el consejo del capitán que le transmitía el mensaje, aferrándose al asiento firmemente, al inquirir:

—¿Estás seguro que son *Platillos Voladores?*

La respuesta fue contundente, sin lugar a dudas:

—¡Lo son, mayor! Naves muy grandes y relucientes y que parecen girar sobre ellas mismas, como sobre un eje invisible. No hacen ruido y no sabemos si disponen de motores ni qué energía las mueve. ¡Pero están aquí, bien cerquita de nosotros lanzando haces de colores por su base, anaranjados y azules, cambiando a veces al verde y al rojo intenso.

La información la completó la voz del copiloto Claney Hill, transmitiendo, a su vez, a la Base de Prestwich:

—No parecen tener ventanillas, señor. Son metálicas y creó que herméticamente cerradas. ¡A la velocidad que giran no se puede observar bien!

El mayor Loring sudaba copiosamente e incapaz de tomar decisiones, transmitió:

—¡El coronel Holtzman no está aquí! ¡Me dicen que ha ido al control de la pista número seis!

Y luego, como si se olvidase de algo:

—¡Sígame, Blay! ¿Cree que van a acercarse? Si es así… ¡Disparen sus chorros atómicos!

Blay Farrell, por instinto de conservación, y también pensando en la vida de los hombresque tripulaban su nave, estuvo a punto de accionar los mandos que pondrían en movimiento aquellas armas mortíferas, desintegradoras. Por muy supercivilizados que fueran aquellos seres que tripulaban los *Platillos Volantes,* no era presumible que fabricasen sus naves con material capaz de resistir la desintegración atómica.

Pero sus pulgares quedaron rígidos, pensando en la enorme responsabilidad que, en aquellos instantes, recaía sobre él.

Si desintegraba con uno de los chorros atómicos, una de aquellas cinco naves, ¿qué podría venir luego sobre la Tierra? Aquellos misteriosos seres cósmicos, ¿no tomarían más tarde, una justa venganza, al verse atacados?

Por un instante, miró a los hombres de su tripulación. El teniente Claney Hill era muy joven para morir. El sargento Yay Banto tenía mujer y tres hijos y de los cinco restantes, dos más también eran hombres casados. ¿Iban a morir todos allí?

Blay Farrell tuvo la molesta sensación de que cada segundo que pasaba tenía la duración de un siglo. ¡Cuántas cosas podían pensarse en una sola fracción de segundo!

Sin saber cómo, se encontró transmitiendo al mayor Loring:

—Póngase en comunicación directa con el coronel,mayor Loring. De lo que decidamos en los próximos minutos, dependen muchas cosas, señor.

—Lo comprendoBlay... Le conecto con la torre número seis.

—Gracias, mayor. Y otra cosa, señor... No pienso disparar los chorros atómicos, por ahora...

—Pero...

—Nos arriesgaremos, viéndoles bailar en torno nuestro esta danza. Calculo que podríamos desintegrar a dos o tres, pero los otros...

—Comprendo, Blay. ¡Es una medida prudente! Le pongo con el coronel Holtzman.

Fue cuando al entrar en comunicación directa con la torre de la pista número seis, Blay Farrell escuchó la voz de la mujer amada, llamándole:

—¡Blay! ¡Blay! ¿Me oyes, cariño? ¡Soy yo! ¡Lise! ¡Háblame, por favor!

Quedó tan perplejo, que, de momento, nada pudodecir.

# CAPITULO VI

Tenía que reaccionar, mostrarse tranquilo y al fin pudo transmitir, materialmente volcado sobre el micrófono:

—¡Hola, Lise, cariño! ¿Cómo estás ahí, en la Base?

Pero al instante, pensando que tenían otras cosas mucho más vitales que ellos dos mismos, con voz apremiante pidió:

—¡Busca al coronel Holtzman! ¡Es muy urgente, Lise!

Hasta su nave llegó la voz del jefe de la Base:

—¿Qué pasa, capitán Farrell? Me ha dicho el mayor Lonring que...

Vaciló un instante ante la presencia de la mujer, pero calculó que todo reparo era ya tardío. Cada segundo perdido podía resultar vital y por eso terminó indagando:

—¿Es cierto eso, Blay?

—Sí, coronel. ¡Son *Platillos Volantes, OVNI, o* como quieran llamarlos! ¡Pero están aquí! ¡Frente a nosotros y rodeándonos, señor!

—¡Dispare, Blay! ¡Desintégrelos!

—¡Son cinco, mi coronel!

—¡Es igual, muchacho! ¡Disponen de doce cohetes atómicos! ¡Le ordeno que dispare!

Blay Farrell calculó las posibilidades de victoria; era cierto que su nave disponía de doce cohetes atómicos, seis adosados a cada lado. Pero al instante se percató de que no podría hacer blanco sobre los cinco, a la primera descarga.

En aquella danza en torno a ellos, que se les antojaba macabra, en su constante girar sobre un invisible eje, al menos dos de los cinco extraños *Objetos Voladores* quedaban situados fuera de su ángulo de tiro; el que se mantenía delante de ellos y el que por la pantalla del radar indicaba que les vigilaba desde atrás.

De pronto, Blay Farrell tuvo que dejar de pensar.

En los auriculares que llevaba pegados a los oídos, pareció estallar algo que amenazaba hacerle perder los tímpanos. Tras una serie de chasquidos y ruidos confusos se abrió paso una voz de timbres metálicos, que le ordenaba:

—Síganos, capitán Blay.

El teniente Claney Hill le tocó el codo, al gritar:

—¡Han interferido nuestra radio, Blay! ¡Son *ellos* los que lo han hecho!

Una serie de ruidos ensordecedores le llegó nuevamente, antes de que la misma voz impersonal y metálica ordenase otra vez:

—Síganos, capitán Blay. No opongan resistencia. Ya no podrán comunicar con la Tierra. Síganos, capitán Blay… Síganos, capitán Blay… Síganos, capitán Blay…

La voz metálica no se interrumpía. Incapaz de soportar más aquel estribillo Blay Farrell se quitó el casco y los auriculares, para intentar cambiar la onda de la radio.

Sobre el tablero de mando quedó el casco y de los auriculares continuó brotando la voz metálica, que repetía incansable:

—Síganos, capitán Blay… Síganos, capitán Blay… Síganos, capitán Blay…

El copiloto le imitó y a su espalda el sargento Yay Banto hizo lo mismo, arrancándose también, los dos, el casco. Pero no por eso se vieron libres de la imperiosa voz metálica, que continuaba sin fatigarse:

—Síganos, capitán Blay… Síganos, capitán Blay…

El comandante del *Águila I* miró a su tripulación que, al instante, estuvo toda reunida en la cabina central. Blay Farrell leyó en los ojos de aquellos hombres la perplejidad y la zozobra, pero no el miedo.

No; el miedo no había hecho aún su aparición.

Esto le tranquilizó, dándole ánimos para ordenarles:

—Cada uno a su puesto, muchachos. ¡No estoy dispuesto a seguir a esos tipos, aunque hayan interceptado nuestras comunicaciones!

—De momento, ellos son los que nos siguen a nosotros —comentó el teniente Claney Hill.

Era cierto, la nave de Blay Farrell continuaba surcando el espacio en dirección a la Base de Prestwich y los cinco objetos voladores, siempre rodeándoles, seguían también aquella dirección. Y al parecer, lo hacían sin ninguna dificultad, sin ningún esfuerzo aparente en sus motores, si es que disponían de ellos!. Se limitaban a girar y girar vertiginosamente sobre sí mismos, al tiempo que también lo hacía sobre el *Águila I,* acelerando o aminorando la marcha, según lo hiciera la nave que pertenecía a la Tierra.

Fue el cabo Doyer quien hizo la pregunta:

—¿Vamos a dispararles, señor?

—Sí, Doyer... ¡Vamos a dispararles! Y lo haremos en una fracción de segundo, cuando estemos en la mejor posición de ángulo de tiro. ¿De acuerdo, muchachos?

—Sí, capitán...

Claney Hill seguía como hipnotizado, mirando a su casco, escuchando la voz metálica que no cesaba de ordenar:

--Síganos, capitán Blay... Síganos, capitán Blay... Síganos, capitán Blay...

—¡Es desesperante! —exclamó el copiloto—. ¡De buena gana les enviaría al infierno!

Con sonrisa irónica, Blay Farrell señaló a la radio.

—Inténtalo, Claney... Tal vez te hagan caso y se larguen.

—¡Escuchad, estúpidos! ¿Podéis oírme? ¿No sabéis decir otra cosa? ¡No vamos a seguiros! ¡Podéis ir al diablo!

Nuevos ruidos metálicos y estridentes chirriaron en los auriculares de los cascos, abriéndose paso, al fin, la misma voz metálica e impersonal:

—Hacen mal... Hacen mal... Hacen mal... Hacen mal...

—¡Maldita sea!¡Quieren volvernos locos!

Claney Hill dio un furioso manotazo a su casco, que rodó sobre el

tablero de mandos, tropezando con la palanca de aceleración. Las toberas de los motores entraron en otra fase y la nave pareció encabritarse en el espacio, alcanzando el máximo de su velocidad.

Treinta mil kilómetros por hora…

Cuando lograron incorporarse, Blay Farrell miró al exterior y todo seguía igual. Al parecer, el hecho de haber doblado ellos su velocidad, no afectaba para nada a sus extraños perseguidores.

No obstante, al poco, el panorama cambió.

Doce haces de luz amarillenta partieron de la extraña nave que giraba ante ellos y, al impactar las puntas de aquellos rayos en la nave terrestre, sus tripulantes sintieron una sacudida eléctrica.

El sargento Yay Banto fue incapaz de resistirla y nuevamente rodó por el suelo de la cabina, quedando junto a las botas imantadas de su capitán. Blay se inclinó sobre él:

—¿Está bien, sargento?

—Sí…, sí, capitán. Sólo perdí el equilibrio al sentir esa sacudida.

Le ayudaron a ponerse en pie y él miró en todas direcciones, interrogando:

—¿Ustedes también la han sentido?

—Sí, sargento. Y me temo que la nave, también… ¡Miren eso!

El que habló fue el joven cabo Doyer, mientras suíndice señalaba al tablero de mandos, donde una luz roja parpadeaba constantemente.

—¡Averías en la reserva de oxígeno! —gritó el copiloto.

Ya no podía dudarse más. La lucha sería hasta el final y *ellos* habían demostrado que poseían rayos eléctricos, con los cuales intentarían destrozar la nave terrestre. Pero Blay Farrell calculó que mucho más poderosa era la energía atómica que encerraba su *Águila I*.

Doce cohetes que…

—¡A vuestros puestos! —gritó.

Fue a retirar su casco sobre el tablero de mando, cuando se dio cuenta de que aquella letanía irritante continuaba saliendo de los

auriculares:

—Hacen mal… Hacen mal… Hacen mal…

Furioso, Blay Farrell empuñó los mandos para maniobrar, con el objeto de facilitar la puntería. Y musitó, entre dientes:

—¡Ahora lo veréis! ¡Os aseguro que muchos de vosotros lo vais a sentir! ¡FUEGO!

Uno de los extraños objetos voladores dejó de existir, convirtiéndose en una inmensa llamarada de todos los colores, como si el mismo Arco Iris hubiese estallado. El espacio se llenó de explosiones fulgurantes y la onda expansiva de aquella desintegración llegó hasta la nave terrestre. Fugazmente sus tripulantes tuvieron la impresión de que el Sol había reventado en mil pedazos, desapareciendo a poco de su vista, tras unagigantesca nube de humos y vapores de todos los colores, siempre ascendiendo, en forma de hongo, hacia arriba.

El dantesco espectáculo se repitió, casi simultáneamente por tres veces a la derecha e izquierda, en fracciones de segundo, y la voz del cabo Doyer anunció:

—¡Blanco los cohetes uno, dos y tres, capitán!

—¡Buen trabajo, muchacho! —felicitó, a su vez, el comandante de la nave—. ¡Vamos por los otros dos!

Giró veloz la palanca de dirección, noventa grados, con afán de que en la vertiginosa revuelta los restantes cohetes atómicos instalados en los costados, pudieran enfilar directamente hacia los otros dos enemigos que le quedaban.

Pero resultó un trabajo inútil y demasiado lento para la enorme velocidad de sus dos enemigos que, más rápidos que ellos, también variaron la dirección. Blay Farrell repitió la maniobra con más premura y todo continuó del mismo modo. Un tercer intento con los nervios ya crispados, no obtuvo mejores resultados.

—¡Es inútil! —protestó—. Nos ganan en velocidad y aceleración en las maniobras. ¡Nunca podremos volver a sorprenderlos para tener a esos dos a tiro!

Por primera vez en aquellos minutos angustiosos, el joven teniente Claney Hill pareció perder el control de sus nervios, y gritó:

—¿Qué podemos hacer, Blay? ¡Ahora nos fulminarán a capricho, con sus rayos eléctricos!

—Calma, Claney, calma... Cuando no lo han hecho ya, será por algo.

Continuaba descendiendo y los contornos de la costa californiana ya eran perfectamentedistinguibles a simple vista. El mar y la tierra resaltaban con gran nitidez y fugazmente, Blay Farrell pensó que le era lo mismocaer destrozado en un sitio, que en otro. Quizá, mejor en el océano, para ahorrar el trabajo de su identificación.

Pensando en esto, un nombre le vino a la mente, LiseBorg, había soñado con casarse con él y ahora...

De un zarpazo atrapó el casco con los curiosos auriculares donde, de forma impersonal, como si nada hubiese ocurrido a las tres extrañas naves compañeras delas otras dos que seguían persiguiéndoles, la voz metálica continuaba diciendo:

—Hacen mal... Hacen mal... Hacen mal...

—¿A qué esperáis, cobardes? ¡Terminad con nosotrosde una condenada vez!

Ante sus gritos por la radio, la letanía cambió por otra que también surgió de los auriculares:

—Sigan descendiendo... Sigan descendiendo... Sigan descendiendo...

Blay Farrell miró fijamente a su copiloto Claney Hill.

—Parece que sólo cambian la cantinela, cada vez que nosotros les hablamos. ¿Te has fijado, Claney?

—¡Sí! ¡Y es muy extraño!

A sus espaldas, la voz del sargento Yay Banto comentó:

—Más extraño es que, después de que han visto loque hemos hecho con sus compañeros, estas dos más, no nos ataquen.

Blay Farrell volvió a hablar por la radio.

—¡De acuerdo! Vamos a tomar tierra...

Sólo tuvieron que esperar a que pasara la serie de estridentes ruidos metálicos, para volver a oír la voz impersonal que les transmitía:

—Les seguimos... Les seguimos... Les seguimos...

—¡Qué pesados! "Les seguimos, les seguimos" —remedó Claney Hill —. ¿Por qué repetirán tanto las cosas? Parecen loros viejos.

Más sosegado que su copiloto, Blay Farrell enfiló la nave hacia la Base de Prestwich, no sin anunciar por la radio, al menos para que cambiase la monótona cantinela:

—¿Por qué se empeñan en seguirnos? ¡Allá abajo les atraparán!

Tras los ruidos metálicos, los auricularesdijeron:

—Tenemos avería... Tenemos avería... Tenemos avería...

Bien; aquello era como respirar tranquilos. Se estaban acercando vertiginosamente a la Base de Prestwich y, a juzgar por lo que ahora seguían anunciando, podía calcularse que no les iban a atacar con sus rayos eléctricos. Todo aquello era muy extraño y desconcertante, a la vez.

Si los tripulantes de aquellos objetos voladores eran seres de otros planetas, de otro Sistema Solar, posiblemente, ¿no comprendían que si les continuaban siguiendo y aterrizaban en la Tierra tras ellos, allí serían capturados? ¿Acaso tal eventualidad no les importaba 1o más mínimo? ¿Es que no temían nada? ¿Carecían totalmente de sentimientos y por eso nada habían comentado sobre la desintegración de las otras tres naves, sus compañeras de vuelo?

—Todo eso me escama mucho —musitó bajito, Claney Hill—. Es posible que quieran fulminarnos cuando estemos sobre la Base, para que todos vean su poder. Quieren que en la Tierra se enteren bien... ¡Se vengarán!

Blay Farrell miró fijamente a su joven y nervioso copiloto y opinó, dando una muestra de nobleza:

—¿No crees que, en el fondo, tendrían derecho a hacerlo, Claney?

—¿Por qué, Blay?

—¡Calcula tú, chico! No tenemos idea del número de seres que

tripulaban esas tres naves que les hemos desintegrado.

—¡Se lo buscaron! ¡Qué se queden en su mundo y no vengan a molestarnos a nosotros!

—Estábamos a unos quince mil kilómetros de la Tierra cuando los encontramos, Claney. No conozco ninguna ley que diga que a esa altura el espacio *pertenece* a nuestro Planeta.

—¡Monsergas, Blay! Ellos querían que les siguiéramos. ¡Lo repitieron mil veces, como papagayos!

La voz pausada del sargento Yay Banto, nuevamente sonó a las espaldas de los dos amigos, al apuntar:

—Lo extraño es que hablen nuestro idioma, capitán. —¡Cierto, sargento! Ya me hice esa misma pregunta. Pero he desistido de contestármela. Bien mirado, todo es muy extraño!

—Sí, mi capitán... ¡Ahí tenemos a Prestwich! —Dios quiera que estén las pistas despejadas y podamos aterrizar. Sin comunicación desde hace rato, no hemos podido informar lo que ha pasado, y que regresamos. ¡Y bien acompañados!

## CAPITULO VII

Pese a la persecución, la maniobra de Blay Farrell, fue perfecta y puso a la nave *Águila I* sobre la pista número dos, mientras los dos *Platillos Voladores,* girando sobre ellos mismos vertiginosamente, hasta dar la sensación de que no se movían, lo hicieron en el extremo de la pista número nueve, en el extremo izquierdo de la Base, allí donde no existía el cemento y el piso era terreno reseco y abandonado, sin ninguna utilidad.

De la parte inferior de aquellas naves cilindricas surgieron chorros de vapor de mil colores que, pese a la enorme potencia demostrada al levantar y calcinar la tierra, apenas hacían ruido.

Al fin quedaron fijas sobre el terreno, a unas cinco millas de distancia del centro de la Base, toda en movimiento y agitada por el nervioso ir y venir de los hombres afanados en ocupar cada uno su puesto.

Los artilleros enfilaron los cañones atómicos lanzacohetes, hacia los extraños visitantes. Las demás armas convencionales también quedaron aprestadas: veinte tanques de acero, de enormes proporciones, entraron en movimiento, abriendo la marcha a unos cincuenta vehículos repletos de soldados, también armados con *bazookas* y rifles atómicos, que solamente habían sido ensayados en las pruebas.

Doce vehículos del servicio de incendios corrieron hacia allí, atronando el aire con el ulular de sus sirenas, que aún hacían más tenso el ambiente de agitación y alarma. Diez reactores despegaron de las pistas y se pusieron a evolucionar sobre la Base, en una constante vigilancia sobre los extraños artefactos que nadie podía calcular lo que contenían dentro de sus cilindricas panzas, de unos cien metros de diámetro.

Megáfono en mano, sobre la plataforma de un vehículo que corría veloz sobre la pista número dos, donde ya estaba posado el *Águila I* de Blay Farrell, el coronel Alster Holtzman no dejaba de gritar órdenes con su voz de bajo profundo:

—¡Todos a sus puestos! ¡Que cada uno sepa cumplir con su obligación! ¡No quiero ningún fallo, muchachos!

Los altavoces también transmitían órdenes por la Base, mientras en la Torre de Control Central, nervioso y sudando copiosamente por cada poro de su piel el mayor Loring transmitía, a su vez, aquellas fenomenales novedades, directamente al Departamento de Defensa del Gobierno Central Galáxico.

—¡Atención! ¡Atención! ¡Aquí la Base de Prestwich! ¡Dos *OVNI* han tomado tierra en la Base! ¡Están posados a unas cinco millas de la pista central! ¡Han descendido, persiguiendo a la nave del capitán Blay Farrell! ¡Estamos tomando todas las medidas pertinentes!

Todo aquel que pudo escuchar la noticia comprendióque se estaban viviendo unos momentos cruciales para la Tierra. La historia del hombre iba a cambiar, desde aquellos instantes, la raza humana no estaba sola en el Universo, como durante millones y millones de años se creyó.

Nadie podía asegurar si aquello sería para bien…, ¡o para mal!

Nadie podía conjeturar nada.

¡Nada en absoluto!

La respuesta estaba en aquellas dos enormes cajas de sorpresas, metálicas y relucientes al sol, fundidas y fabricadas en otro Sistema Solar, en otro planeta remoto, en otros mundos.

Sentir aquello era mucho más inquietante y, a la par, embriagador, que lo que pudo haber sentido Cristóbal Colón y sus audaces navegantes, al descubrir América.

Sí: lo era mucho más porque significaba asomarse a una de las infinitas ventanas del Universo y entrar en contacto directo con seres extraños a la Tierra. Auténticos habitantes de un Nuevo Mundo, infinitamente más interesante de lo que pudieron haberlo sido los primeros nativos americanos, a quienes saludaron los europeos que cruzaron por primera vez el gran océano Atlántico.

La imaginación se perdía, empeñada en sacar conjeturas y formar suposiciones. Era inútil esforzarse en concebir ideas o imágenes que, posiblemente, ante la realidad, tendrían que ser modificadas al instante.

Sólo cabía esperar. ¡Y vigilar!

¿Cómo eran aquellos seres misteriosos, y qué querían? ¿Por qué, al

fin, habían decidido dejarse ver? ¿Qué motivos tenían para obrar así?

La incógnita seguía allí, en aquellos dos *Objetos Voladores No Identificados* que, ahora, ¡por fin!, lo iban a ser.

Mientras se acercaban, el capitán Blay Farrell, puso al corriente, en pocas palabras, al coronel Alster Holtzman, de todo lo que había pasado. El jefe de la Base frunció el ceño y se limitó a decir:

—Extraño, Blay... ¡Muy extraño!

Lise Borg iba pegada materialmente a Blay sobre la plataforma del vehículo, ai enlazar al hombre amado con uno de sus brazos, por la cintura, y permitir que el piloto pasara el suyo sobre sus hombros. Ocupado en cosas más importantes que se habían precipitado, el coronel Holtzman no había encontrado la forma de prohibir a la muchacha que entrase en la Base. Todos habían pasado unos momentos terribles cuando quedaron cortadas las comunicaciones por radio con el *Águila I* y la muchacha, bien merecía poder comprobar, ahora, por ella misma, que Blay Farrell y sus hombres habían regresado salvos y sanos a la Tierra.

—¡He pasado un susto terrible! —musitó la muchacha, ocultando su rostro sobre el pecho del hombre.

La mano ya libre del guante, Blay Farrell oprimid el hombro femenino con movimiento cariñoso, contestando:

—Tranquilízate, Lise. ¡No nos pasó nada!

—Pero esos..., esos hombres que están ahí dentro, en esas naves...

El piloto sonrió, para ayudar a tranquilizar a la mujer:

—¿Hombres. ? No sabemos si son hombres, cariño.

—Peor aún, Blay... Si resultan unos seres horripilantes y monstruosos, yo... yo...

—No debiste venir, Lise. El coronel Holtzman no debió permitirte que...

El aludido giró la cabeza hacia ellos, dejando de observar la marcha del vehículo hacia el objetivo donde convergían todos.

—No pude evitarlo, Blay. En todo caso, ahora encárguese usted de su prometida y no se acerquen a esos... esos... artefactos.

Luego se olvidó de ellos para gritar, sobre el megáfono, nuevas órdenes:

—¡Formen un círculo! ¡Que nadie se acerque a más de media milla! ¡La Sección de Choque en primera línea! ¡Emplacen los *bazookas* ¡La 5ª y la 6ª Compañía, detrás!

Dejó el megáfono en manos de uno de sus ayudantes, para encararse con la radio instalada en el vehículo, entrando en comunicación con los reactores que sobre volaban la zona.

—¡Atención! ¡Atención! ¡Les habla el coronel Holtzman! ¡Pongan mucha atención a lo que voy a decir!

Antes de dictar la orden, ya con el vehículo parado a una media milla de las dos gigantescas naves extra-terrestres rodeadas por vehículos y los veinte tanques repletos de soldados, el coronel Holtzman miró un breveinstante a los hombres que formaban las Compañías de Choque y al fin, añadió:

—En caso de cualquier emergencia, si ven que se establece la lucha y empezamos a llevar la peor parte.¡No duden en lanzar las bombas sobre el objetivo!

Blay Farrell reconoció la voz del teniente Pat Sumiller, que en aquellos instantes mandaba la escuadrilla de reactores. Y su pregunta tenía tonos de angustia, cuando a través de la radio indagó:

—¿Las bombas, coronel? ¿Insinúa que... que les machaquemos a ustedes también?

—¡Eso he dicho, teniente Summer! Si se inicia la lucha y empiezan a vencernos... ¡Arrasen toda esta zona! ¿Queda bien claro?

—Sí, señor... ¡A la orden!

La presión de la mano de Blay Farrell se acentuó en el hombro de Lise Borg. Sus ojos se encontraron y mudamente los dos comprendieron la tajante orden del coronel: si al salir los tripulantes de aquellas naves se iniciaba la lucha y, desgraciadamente, los terrestres empezaban a llevar la peor parte, ¿por qué dudar en destruirles también a ellos, si con esa medida se conseguía aniquilar a los extraños visitantes?

Pagar el tributo de quinientas o seiscientas vidas humanas en previsión de lo que pudiera salir de aquellos dos *Platillos Volantes,* no

era un precio muy elevado.

En todo caso, la Humanidad entera recordaría sus nombres, como héroes.

Sí: la Historia les citaría como los primeros terrestres que habían iniciado el ciclo de la nueva lucha. Lalucha contra los habitantes de otros planetas. De otros mundos siderales.

Sería una lástima si ocurría así, ahora que, al fin, la Tierra había conseguido resolver sus problemas internos y en todo el planeta reinaba la paz.

De pronto, Blay Farrell clavó sus ojos en el aparato de radio del vehículo sobre el que estaban. De allí partían unos ruidos metálicos que él ya creía haber oído, cuando volaba sobre su nave. El conductor se empeñaba vanamente en volver a captar la onda que les comunicaba con la escuadrilla de reactores. No lo consiguió y sólo la presencia del extrañado coronel Holtzman impidió que soltase un reniego.

Blay Farrell le calmó:

—No te molestes, muchacho. ¡Son sus interferencias!

—¿Cómo, capitán?

La seca pregunta, la hizo el coronel Holtzman, y el ¡piloto intentó explicar.

—Arriba nos interceptaron también nuestra radio. O mucho me equivoco, o detrás de esos ruidos podremos escuchar una voz metálica que...

Blay Farrell no se equivocó. La radio del coche empezó a zumbar:

—Tenemos avería... Tenemos avería... Tenemos avería...

Mientras continuaba incansablemente la monótona cantinela, esta vez, olvidándose de la presencia de la mujer, quien soltó un taco fue el coronel Alster Holtzman:

—¡Diablos!¡Condenados sean! Se cuelan de rondónen nuestro planeta y después de interceptar nuestra radio, todo lo que se les ocurre anunciar, es que tienen avería...

Se volvió, colérico, hacia la radio y continuó bramando:

—¡Pues salir de una vez y nosotros os *arreglaremos,* diantre!

Extrañamente, la cantinela cambió, repitiéndose una y otra vez estas palabras:

—Vamos a salir... Vamos a salir... Vamos a salir... Alster Holtzman se volvió hacia sus oficiales y gritócon toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Atención! ¡Todas las armas listas!

Quinientos hombres clavaron sus pupilas ansiosas en las dos naves esféricas. Mil manos apretaron las armas, dispuestas a disparar. Por un instante pareció reinar el silencio en toda aquella apartada zona de la Base de Prestwich, sólo rasgado el aire por las pasadas de los reactores que volaban a gran altura, también dispuestos a intervenir con sus bombas atómicas.

El ruido que siguió hubiera podido recordar a Lisa Borg el tenue silbido de su cafetera, cuando preparaba el café matinal, o cuando la olla a presión anunciaba que la comida estaba lista.

Pero, especialista en Acústica al fin y al cabo, identificó el silbido como el escape a presión de alguna compuerta al ser accionada, al ser abierta. Y de pronto, un haz luminoso, intensamente blanco hirió sus pupilas.

## CAPITULO VIII

La luz venía de una compuerta que se había abierto en una de las astronaves cósmicas y les habría cegado si, poco a poco, como regulando su intensidad, no hubiese quedado reducida a la normal de una bombilla de100 watios.

Una escala metálica y plegable apareció por aquella puerta iluminada y al poco, impasibles y rígidos como autómatas, los extraños tripulantes empezaron a descender.

¡Fue un momento único, sin par, en la Historia del hombre, sobre la Tierra!

¡Eran *robots!*

Sí, una docena de robots de dos metros de altura, anchos y macizos, con las extremidades articuladas, posando las planchas metálicas de sus grandes pies sobre los peldaños de la escalera.

Cuando llegaron sobre la tierra, el rítmico ruido de sus pisadas cesó y, siempre en fila india, siguiendo al que les precedía, variaron de dirección marchando acompasadamente hacía el cemento de las pistas.

Era una escena alucinante y extraña.

¡Seres mecánicos!

¿Esos eran los habitantes de otros mundos? Absurdo: *alguien* tenía que haberloscreado, forzosamente.

Al fin, la fila de los doce *robots,* quedó parada sobre la pista número uno y allí los muñecos mecánicos dieron media vuelta como disciplinados soldados. Quedaron rígidos e inmóviles, como si las baterías o la energía que les animaba se hubiese agotado. Sólo un parpadeo azul en uno de los orificios de sus cuadradas y metálicas cabezas humanoides, anunciaba que no era así.

El coronel Holtzman pudo al fin, cerrar la boca que había mantenido abierta en contra de su voluntad. Y musitó en voz baja:

—Bueno, señores... ¡Vamos a *saludar* a nuestros visitantes!

Frenó con una mano el movimiento de Lise Borg, que se disponía a seguir al capitán Blay Farrell, ordenándole a la rubia muchacha:

—No, señorita; ahora será una buena chica y permanecerá aquí. Sólo me acompañará el capitán y mi ayudante. La presencia de usted podría turbarles y —hizo una pausa y deseando echarlo todo a broma, prosiguió—. ¡No deben estar acostumbrados a ver mujeres tan bonitas!

La gentileza y los comentarios del enérgico coronel tenían aquel aire festivo porque había salido todo mucho mejor de lo que, en principio, esperaban. Afortunadamente, los primeros contactos con los extraños visitantes no podían ser más pacíficos, y esto fue lo que le hizo bromear al jefe de la Base.

Lise Borg no protestó, y cuando los tres hombres avanzaron unos cien metros, Blay Farrell opinó:

—Creo que debería acercarme solo, coronel.

—¿Por qué, Blay? ¿Quiere presumir más tarde sobre la prioridad de este sensacional encuentro?

—Hablo en serio, coronel. ¡Pueden ser peligrosos!

—No lo creo, Blay... Míreles bien: parecen soldados perfectamente disciplinados. ¡Ojalá mis hombres se mantuvieran firmes así! ¡Da gusto verlos!

Los tres hombres siguieron avanzando, alcanzando a distinguir más detalles a medida que se acercaban a los doce formados *robots*. Sí: tenían dos ranuras en la cabeza a guisa de ojos y otra más baja, como si fuera la boca. En todo el conjunto se podía observar que, quienquiera que fueran sus constructores, se habían esforzado en darles una apariencia humana.

Lo denotaban así aquellos brazos y piernas articuladas, con dedos en las manos, que podían ser capaces de movimientos apropiados, para manejar utensilios. El cuerpo era sólido, cuadrado como sus cabezas, unidas al tronco por una espiral que debía permitir mover la parte superior, a derecha e izquierda.

Blay Farrell calculó que, aun siendo de acero-aluminio, bien podrían pesar los mil kilos; todo dependía del complicado mecanismo

que llevasen dentro.

Cuando ya sólo les faltaban pocos metros, intencionadamente Blay Farrell se adelantó unos pasos dejando rezagado al coronel y a su ayudante. Y pese a la nuevasorpresa, no pudo por menos que sonreír al observar que, seguramente movido por células fotoeléctricas que le anunciaban su proximidad, el primer *robot* que encabezaba la formación alargaba su brazo metálico extendiendo la *mano.*

La ranura de su *boca* parpadeó con tonos azules y su voz metálica, fría e impersonal saludó:

—Hola, ¿cómo está usted...? Hola, ¿cómo está usted? Hola, ¿cómo está usted?

Blay Farrell calculó que la letanía continuaría incansable, hasta que él replicase y con las ondas de su voz cortase aquel circuito de radio, accionado por el cerebro electrónico que se había puesto a funcionar al acercarse él. Y por eso contestó, sin dejar de sonreír:

—Muy bien, amigo. ¿Y ustedes?

No se equivocó: la repetida pregunta del primer *robot* fue sustituida por otras palabras, también Incansablemente repetidas: ,

—Averiados.Averiados... Averiados...

El coronel Holtzman y su ayudante quedaron tras Blay Farrell, viendo como el joven piloto estrechaba aquella *mano* metálica del robot. Y el jefe de la Base dijo:

—¡Ahorremos las presentaciones, Blay! ¡Todo esto me parece ridículo! ¡Un coronel del Ejército saludando a unos muñecos metálicos, que sabe Dios de dónde nos llegan!

Blay Farrell se volvió hacia ellos, siempre sonriente:

—¡Pueden ofenderse, coronel! Hay que ser correctos, ¿no le parece?

—¿Correctos? ¡Menudo susto nos han dado! ¡Fíjese la que han formado!

—Nosotros, señor, no ellos. En el fondo, créame que me alegro de que sólo se trate de *robots.* Eso me libra la conciencia de haber desintegrado a tres naves como esas dos.

Holtzman se olvidó de los comentarios del capitán, encarándose

con el primer *robot,* que no dejaba de saltar su cantinela:

—¿Que pasa con la otra nave? ¿Por qué no se abre?

—No hace falta... No hace falta... No hace falta...

—¿Qué no hace falta? —bramó el jefe de la Base—. ¡Necesitamos saber quién la tripula! ¡Si no salen también, entraremos a por ellos!

—Harán mal... Harán mal... Harán mal.

—¡Narices! Ningún *robot,* por más perfecto que sea, puede decirme lo que debo y no debo hacer en esta Base. ¿Queda bien claro, amigo? Y si decido que mis hombres entren en ese artefacto... ¡Entrarán!

—Será peor... Será peor... Será peor...

—¡Vaya lata! —gritó el coronel—. ¡Y encima nos amenaza!

El primer *robot* empezó a formular la repetida contestación, cuando, instintivamente, Blay Farrell debió interrumpir su circuito parlante al dirigirse al coronel Holtzman:

—Por favor, señor. Creo que no debemos excitarnos. Hasta ahora, por más sorprendente que sea, todo va mejor de lo que pensábamos. Le pido permiso para intentar aclarar todo esto.

—De acuerdo, capitán. ¡Dialogue todo lo que quiera con esos rígidos monigotes de acero! Le soy sincero al decirle que a mí me parece ridículo hacerlo. El planeta que les envía debió ser un poco más considerado. ¡Un hombre no puede tratar de entenderse con una máquina!

—¿Por qué no, coronel? Si la máquina reacciona inteligentemente, el hombre no debe ser menos que ella.

—¡Adelante pues, capitán! Son todos suyos.

—¿Por qué no llevárnoslos de aquí? Usted puede llamar a técnicos en cibernética, para que estudien el control de estas máquinas. De su funcionamiento, de la forma y los materiales con los que han sido fabricadas y de otros exámenes, podremos sacar muchas consecuencias.

Alster Holtzman miró por encima del hombro del joven capitán a los doce estrafalarios *robots* formados y, dudosamente, dijo:

—Bien... Ahora hace falta que ellos le obedezcan y no se nieguen a seguirle, capitán. Pero puesto que parecen mostrarse tan *amistosos* con usted, ¡adelante!

Blay Farrell volvió a acercarse al primer *robot,* pero quiso experimentar si el que le seguía en la fila también poseía la capacidad de hablar y directamente le preguntó:

—¿Podéis seguirme? No os pasará nada. Creo que tenemos muchas cosas que tratar...

La contestación vino nuevamente del primer *robot* que encabezaba la formación, quien incluso giró su cabeza en dirección al joven piloto, contestando:

—Ellos no hablan... Ellos no hablan... Ellos no hablan...

—Está bien. Contéstame tú. ¿Podéis seguirme?

—Te seguimos... Te seguimos... Te seguimos.

Blay Farrell se volvió con aire satisfecho hacia el coronel y su ayudante, que se mostraba no menos perplejo que el jefe de la Base:

—Arreglado, coronel. ¡En marcha!

—En marcha... En marcha... En marcha.—Se puso a repetir, incansablemente, el primer *robot,* siendo seguido por los otros once.

Pero ante el insólito desfile que veía pasar ante él, el coronel Alster Holtzman dijo a su ayudante:

—Diga a los hombres que se mantengan alerta.

—Bien, señor.

—Es posible que mientras nos entretienen con esos *robots,* la tripulación de la otra nave intente sorprendernos.

—Cierto, coronel.¡Es posible que los envíen como

cebo!

—¡No me fío en absoluto! Y voy a...

El coronel Alster Holtzman nuevamente quedó con la boca abierta, interrumpiéndose al decir el primer *robot* que al pasar ante él su

circuito captó sus palabras:

—No hay engaño... No hay engaño... No hay engaño.

El jefe de la Base no pudo por menos que exclamar:

—¡Asombroso...!

## CAPITULO IX

El viejo profesor Curt Hartman ordenó, con su voz pausada, pero ahora colérica:

—¡Hay que matarlos a todos! ¡Esos imbéciles saben demasiado!

Uno de los hombres que tenía ante él, osó apuntar:

—Perdón, profesor. Pero eso levantaría sospechas.

—Si se hacen las cosas bien, no habrá sospechas. ¡Debe parecer un accidente!

—Es que... Cinco personas y con esos cargos tan elevados, profesor...

—Yo me encargaré de que se reúnan en la finca del Secretario de Defensa. El coronel Holtzman y el capitán Farrell no dudarán en acudir a la cita del imbécil del general Paul Quiin. Al fin de cuentas, los dos están bajo sus órdenes directas.

—¿Y la señorita Lise Borg, profesor? —También acudirá. Recibirá un mensaje de su querido novio, el capitán Blay Farrell.

—Bien, profesor. ¿Estarán también en la finca el ingeniero Hokusai y el astrónomo Silvio Lembo?

—¡He dicho que me cuidaré que los cinco estén allí —replicó, molesto, el científico.

Otro de los hombres que había permanecido en silencio, se atrevió a decir.

—¿No sería mejor y más útil suplantarlos, profesor Hartman?

—No disponemos de material; hasta nuevo envío tenemos que emplear medios corrientes, aunque sean menos prácticos y más brutales.

—Bien, profesor. ¿Gases? ¿Balas? ¿O prefiere que...?

—Un incendio —atajó el viejo profesor.

Y a poco, como explicación para emplear aquel método, añadió, para ampliar las órdenes a sus hombres:

—Sé de buena tinta que ese generalito, desde que le nombraron Secretario de Defensa, ha dotado a su finca de recreo de los mayores adelantos. Sí, señores... El general Paul Quiin aprovecha su buen sueldo para rodearse de tantas comodidades como un antiguo faraón de Egipto. Aire acondicionado, calefacción, piscina con agua templada adaptada al medio ambiente, estación de radio *especial,* para desde allí mismo, despachar los asuntos más urgentes sin interrumpir su descanso... ¡Su finca es una auténtica perfección! Todo movido por electricidad.

Hizo una pausa, mientras acompañaba a sus visitantes, para añadir:

—Y en una finca así, un cortocircuito puede ser *casual.* Si se hacen bien las cosas, en pocos minutos todo arderá.

—Tendremos que acercarnos a la finca, para preparar las cosas.

—¡Perfecto! ¿Creen que pueden sospechar de ustedes? Vamos, Anderson... ¡No sea ingenuo! Usted es ahora, uno de los hombres de confianza de nuestro flamante Secretario de Defensa. No olvide que está ocupando la personalidad de Ike Anderson.

—Sí, profesor.

—Vayan... Yo me ocuparé deque, mañana, los cinco se encuentren reunidos en la finca.

—Todo saldrá bien —se animó a sí mismo, el hombre más corpulento.

Ante su comentario, el anciano profesor Curt Hartman les miró de hito en hito, ya ante la puerta, aldecir:

—¡Eso espero! Si no es así... Ya saben, amigos.

—Descuide, profesor. ¡Hasta pronto!

—Nos veremos en la reunión del Gobierno Central Galáxico, cuando nos llamen para notificarnos... la triste noticia.

Cuando sus visitantes le dejaron solo, el sabio atómico cruzó

nuevamente su despacho, descorrió un tapiz que cubría una de las paredes de nogal y señalando a la puerta por encima de su hombro, ordenó a otro hombre que había permanecido escondido allí.

—Cuídate de ellos... Luego deben morir también, en ese incendio.

El hombrecillo no despegó los labios al decir:

—Sí, profesor Hartman.

* * *

Fue durante la información de lasseis de la tarde, cuando Blay Farrell y su esposa Lise Borg se enteraron del accidente. Al parecer, un voraz incendio había consumido prácticamente toda la finca de recreo del Secretario de Defensa, el general Paul Quiin. Por desgracia, al tener como invitados al ingeniero en cibernética Hokusai Aki y al famoso astrónomo Silvio Lembo ambos también habían muerto.

Asimismo, el ayudante del general Paul Quiin también había sido encontrado muerto, aunque al coronel Ike Anderson se le encontró en el jardín, junto a otro hombre no identificado. Los cuatro criados de la finca no habían tenido tiempo de salvarse y los peritos aseguraban que, el desgraciado accidente, se debía a un cortocircuito. El último boletín de noticias añadía que más tarde, pudo identificarse otro cadáver, que resultó ser el del coronel Alster Holtzman, jefe de la Base de Prestwich.

Más tarde, el informador pasó a otras noticias de menor relieve y Blay Farrell, muy afectado por aquellas pérdidas, accionó desde el sofá el mando a distancia para apagar la pantalla.

Sus pupilas quedaron clavadas en las de su joven esposa y, con voz ronca, el hombre comentó:

—¡Pobres! ¿Quién podía pensar una cosa así!

Lise tomó las manos de su esposo entre las suyas y musitó:

—Apreciabas mucho al coronel Holtzman, ¿verdad cariño?

—Era un hombre íntegro. En la Base todos le querían.

Ella se levantó diligente, abriendo el armario para sacar las maletas, al anunciar:

—Debemos regresar. A la viuda del coronel Holtzman le consolará verte en el entierro.

—Pero es nuestra luna de miel, Lise.

—No seas tontín. Sé que, en el fondo, lo prefieres así. No estaría bien faltar a los funerales.

Blay Farrell no volvió a protestar, recordando todo lo que le había costado que le dieran aquellos días de permiso, para casarse. Cuando lo solicitó, el coronel Holtzman le había recordado que no era el momento propicio. Sobre la Base de Prestwich aún estaban aquellas dos naves extraterrestres, y las órdenes del general Paul Quiin, como Secretario de Defensa, aún se habían hecho más rígidas desde aquellos acontecimientos: nadie debía entrar ni salir de la Base, como no fuese con un permiso especial firmado por él mismo. Convenía que la sorprendente noticia aún no se divulgase y la forma más segura era mantener aislado a todo el personal.

Pero en la secreta reunión sostenida en el despacho del coronel Holtzman, tras asegurar que no comentarían aquello con nadie, el propio Secretario de Defensa había dado a Blay Farrell aquellos días de permiso, como una especie de premio por haber sido él el primero en enfrentarse a las extrañas naves, de las que había desintegrado con sus cohetes atómicos a tres.

Mientras Lise continuaba haciendo las maletas, él se quedó perezosamente recordando aquella reunión en la que también habían intervenido,como personajes centrales. Junto al Secretario de Defensa y el coronel Holtzman, se sentaron el ingeniero en cibernética Hokusai Aki y el famoso astrónomo Silvio Lembo.

Ahora que cuatro, de los seis que habían asistido a la reunión, habían muerto, entre el humo de su cigarrillo Blay Farrell se esforzaba en evocar aquellas escenas. Aún creía ver a su jefe, cuando el coronel Holtzman le mostraba al general Quiin, al ingeniero Hokusai y al astrónomo Lembo, los dos *robots* alineados en su despacho:

—¡Ahí los tienen! —les había dicho—. Eso es todo lo que nos ha llovido del cielo. El planeta que los envía no se distingue, precisamente, por su delicadeza. En vez de mandarnos a algún ser inteligente de carne y hueso, de lo que quiera que estén formados, nos

mandan esas feas máquinas.

Sin embargo, el enfrentamiento con el único *robot* que podía hablar, resultó altamente provechoso.

Y muy interesante.

Como ingeniero en cibernética, especialista en la ciencia que tiene por objeto el estudio del control y de las comunicaciones en las máquinas, Hokusai Aki comprendió pronto que algún circuito del cerebro electrónico de aquel *robot,* tenía una pequeña avería. El hecho de que repitiese las palabras incansablemente hasta que una nueva emisión de ondas llegaba hasta sus célulasreceptivas y elaboraba la contestación, lo demostrabaasí.

Quiso reparar aquel inconveniente, para un mejor entendimiento con la máquina pensante, y tras pedir permiso al Secretario de Defensa, algo ceremoniosamente se acercó al *robot* para preguntarle:

—¿Puedo intentar arreglar esa avería? Aquí también hemos construido *robots* parlantes y conozco la técnica. Algo se atasca hasta que una nueva emisión, de ondas empuja el rodillo para elaborar otra contestación.

Y, ante el asombro general, la respuesta del *robot* fue dócil:

—Hágalo... Hágalo... Hágalo.

Diligentemente y con sus manos diestras, Hokusai Aki puso al descubierto la caja del mecanismo del *robot,* y escasamente diez minutos después, la cerraba, anunciando:

—Bien: esto ya está.

Entre el humo de su cigarrillo Blay Farrell creyó volver a ver la sonrisa de todos los presentes, cuando el *robot* contestó, cumplidamente, muy agradecido:

—Gracias: su trabajo, ha sido magnífico. Es usted muy diestro.

No menos ceremonioso y como buen japonés, Hokusai Aki se había inclinado al estilo oriental, respondiendo:

—¡Muy amable! Pero sólo se trataba de uno de los cables del cohesor. Estaba montado sobre el conductor que capta las ondas hertzianas.

Temeroso quizá de que se enzarzaran en una charla técnica, el general Quiin había intervenido:

—¿Qué es el cohesor, amigo Hokusai?

—Es un aparato que se usa en las estaciones receptoras de radiotelegrafía, para denunciar la presencia de las ondas hertzianas, facilitando la circulación de una corriente local que actúa sobre un aparato de recepción. En este caso transmite los sonidos a las células nerviosas del cerebro electrónico, donde quedan registradas e impelen la contestación precisa a lo que se ha preguntado.

Ante esto, el coronel Holtzman había preguntado:

—¿Quiere decir que esos... esos muñecos pueden responder a todo lo que se les pregunte?

Blay Farrell aún se maravillaba al recordar la contestación del ingeniero en cibernética Hokusai Aki:

—Han sido programados para eso, señor. Los sonidos producidos al pronunciar una palabra, ponen en movimiento un rodillo que selecciona las respuestas. Estos signos seleccionados,a su vez actúan sobre un tambor sonoro que convierte el sonido en voz, y ésta se concreta en palabras.

—Bien, pero supongo que todos los sonidos que nosotros podemos pronunciar al formular nuestras palabras, no tendrán una equivalencia en el cerebro electrónico que posee este *robot,* ¿no?

El ingeniero Hokusai Aki se había vuelto hacia el *robot,* diciendo:

—Eso depende de los signos que tenga registrados.

Y sin vacilación, siempre hablando con su voz metálica, el *robot* les había confirmado:

—Poseo dos mil millones de signos, con los que puedo hacer todas lascombinaciones posibles.

Blay Farrell y Lise habían sonreído al ver la cara del coronel Holtzman con la boca abierta, síntoma infalible en él, de que estaba perplejo.

Luego, confusamente, Blay Farrell recordaba todo lo que se había *hablado* allí con el sorprendente *robot.* Les dijo que hacía miles de años

era cierto que sus constructores les estaban enviando a la Tierra en misión de exploración, y que así habían ido recopilando los datos con respecto a la raza humana, llegando a dominar todas las lenguas y ciencias que poseían, en un intento de aproximación imposible de realizar hasta entonces, debido a que en Cygni, el planeta en el que habitaban sus constructores, también había habido luchas internas como en la Tierra y, en muy cortos períodos de su dilatada historia,habían gobernado el planeta los hombres que soñaban con aquelcontacto con otros serescósmicos.

Al llegar a este punto, el propio Secretario de Defensale había preguntado al *robot:*

—Esos seres que habitan en el planeta Cygni... ¿Cómoson?

El *robot* había dudado un instante, como si no hubiese comprendido el alcance de la pregunta, hasta queal fin respondió:

—Seres inteligentes. Seres civilizados. Seres con unaciencia y una técnica muy desarrollada.

—No, no es eso —insistió el general Paul Quiin—. Me refiero a cómo son físicamente, exteriormente. ¿Qué apariencia tienen?

—Hermosos. Bellos. Muy desarrollados.

Al llegar aquí, Blay Farrell evocaba el encogimiento de la muchacha que ahora era su esposa y seguía preparando las maletas, que había comentado:

—Bueno... Todo depende del concepto que tengan de la belleza. Es una cuestión muy relativa.

El *robot* había movido las articulaciones en espiral de su cuello, para dirigirse a Lise Borg, manifestando:

—Los habitantes de Cygni son seres superiores. Han vencido a todas las otras razas de su Galaxia.

—¿Otras razas? —había preguntado el mismo Blay Farrell, vivamente interesado por lo que los informaba el *robot*—. ¿Quieres decir que en vuestra Galaxia hay otros planetas con vida organizada, civilizada?

—Sí. Pero todos son gobernados desde Cygni, excepto los Sosias, porque éstos son invencibles. Su mismo nombre indica por qué no

pueden ser vencidos.

Blay Farrell recordaba sobre todo esta parte de la conversación sostenida con el complejo *robot.* También le venía a la memoria la pregunta que formuló el sabio astrónomo Silvio Lembo:

—¿Los Sosias? ¿Quiénes son los Sosias?

—En definitiva, nadie sabe cómo son realmente. Los Sosias son originarios del planeta Amucis de nuestra Galaxia, pero viven por todo el Sistema, adaptándose a las condiciones y la apariencia exterior del planeta en el cualse instalan.Hablando en términos humanos,un Sosias puede convertirse en un perro y vivir en él, en un elefante, un gato, una gallina..., o un hombre. Su forma exterior cambia según le conviene y el sitio a donde va. Por eso son invencibles, porque nadie puede descubrirlos. Pero sabemos que existen y que se extienden... ¡Siempre se extienden!

Estas últimas informaciones del *robot* parecían ser un mensaje detallado, que los misteriosos habitantes de Cygni pretendían transmitir por medio de sus *robots* a los habitantes de la Tierra.

El ruido de una de las maletas cerradas por su esposa Lise, distrajo a Blay Farrell de estos recuerdos, deseando averiguar con su pregunta:

—¿De veras estás dispuesta a renunciar a nuestra luna de miel?

—Después de ese desgraciado accidente, debemos hacerlo, Blay.

—Tienes razón. Si esos cuatro hombres han muerto, sólo quedamos tú y yo como testigos presenciales de todo lo que se habló con el *robot* de Cygni en aquella reunión. Es posible que nos necesiten para ampliar el informe que presentó el general Quiin a los miembros destacados del Gobierno y...

Una idea acudió a su mente y se dio una palmada en la frente, para extrañeza de su esposa que indagó:

—¿Qué ocurre, cariño?

—¡Diantre! No había pensado en ello, hasta ahora.

—¿En qué, Blay?

—¡En que todo esto puede ser obra de los Sosias! ¿No recuerdas, Lise? ¡El *robot* enviado desde Cygni nosestuvo ¡hablando de esos seres,

capaces de adaptarse a todas las condiciones de vida!

—¡Ah, sí! Pero no creo que...

—¡Quién sabe, cariño! ¿Podemos tener la seguridad de que los Sosias no están ya aquí,en la Tierra? De ser así, muchas cosas quedarían aclaradas, Lise.

La mujer le miró fijamente antes de decir, algo alterada:

—No es posible, Blay. ¡Sería horrible!

—¡Claro que sería horrible! En este mismo instante, tú misma no puedes estar segura si yo soy realmente el capitán Blay Farrell, o bien uno de esos extraños seres que ha tomado mi apariencia. Y yo... ¡Yo puedo decir lo mismo de ti!

—Calla, por favor, Blay. ¡Esa idea no me gusta!

—A mí tampoco, Lise.Pero estoy pensando que... ¿Recuerdas lo que nos dijo por teléfono el coronel Holtzman, cuando le llamé para notificarle que nos habíamos casado mucho antes de lo que inicialmente pensábamos?

—¿A qué te refieres, Blay? No recuerdo nada, eso debió decírtelo a ti, cuando después de saludarle a él y a su esposa, te devolví el teléfono.

—Me refirió lo que ocurrió en la Base. ¡Alguien destruyó a los doce *robots!*

—Sí; ahora recuerdo que luego lo comentaste conmigo. Pero me dijiste que el coronel Holtzman tenía la impresión de que había sido un desgraciado accidente y que...

—Sí, Lise... ¡Otro accidente más! Como el que ellos han sufrido ahora. ¿No ves alguna relación? Los *robots* quedaron destruidos por un cortocircuito, también igual al sufrido en la finca del general Paul Quiin.

Lise le miró fijamente, antes de decir:

—Me estás preocupando, Blay... Pero no creo que una cosa tenga que ver con la otra. En la finca del general Quiin han muerto otras personas, además de él, el coronel Holtzman, su ayudante, el ingeniero Hokusai y el astrónomo Silvio Lembo. Acabas de oír

conmigo que también estaba allí otro hombre, al que no ha podido identificarse, además de los criados.

—Sí, pero de la información del hecho se desprende que el ayudante del general y el otro individuo, no estaban con ellos. Fueron encontrados en el jardín.

—Si piensas que alguien está interesado en matar a todos los que pudimos oír las informaciones que nos dio el *robot* de Cygni, te equivocas. ¡Tú y yo estamos vivos, Blay!

—Cierto, Lise, pero… ¿Por qué? Porque hasta los más íntimos ignoraban que decidimos casarnos y salir de viaje, sin rumbo fijo.

Lise Borg quiso tranquilizarse ella misma y sonrió, terminando de recoger las cosas para regresar a la ciudad. Y con cierto reproche cariñoso, rechazó:

—A veces, tu imaginación es sorprendente, Blay.

## CAPITULO X

Nada más llegar a la ciudad, mientras entraban en la casa de apartamentos, la recepcionista encargada se les acercó diciéndoles:

—Llegó esto para usted, señorita Borg. Pero como no dejó señas ni dijo hacia dónde iba, yo...

—No tiene importancia, señora Ransky.

Pero al mirar el sobre y reconocer la letra de Blay Farrell, quedó extrañada. El ya entraba en el ascensor cargado con las maletas y la mujer le ofreció el sobre, sonriente, proponiéndole divertida:

—Ábrela tú, cariño... O mejor, que me digas de memoria lo que me escribiste, antes de que fuera tu esposa.

Blay Farrell quedó perplejo, sin poder tomar el sobre por tener las manos ocupadas. Pero protestó:

—¿Escribirte yo? Perdona, pero yo sé que hace un siglo no lo hago. Estas últimas semanas de continuo servicio en la Base me tenían muy ocupado y...

—Pues es tu letra. ¿No la ves?

Blay dejó las maletas y tomó el sobre. Le dio vueltas en sus manos, e hizo un mohín de extrañeza al decir:

—¡No lo comprendo, Lise!

Cuando logró sacar la nota escrita, su extrañeza aumentó. Allí estaba, escrita con su letra y su firma:

> "Un pequeño cambio, Lise:
>
> "Te espero esta tarde en la finca de campo del general Quiin. Nos cita allí para hablarnos de cosas que nos interesa a los dos. No faltes, cariño.

*"Blay."*

La mano del piloto astronauta estrujó el papel nerviosamente entre sus dedos. Luego lo pensó mejor y lo desarrugó, para volver a leer la nota que parecía escrita por él.

Nada dijo a la mujer, pero Lise comprendió. La voz de su esposo estaba transformada al preguntar, al fin:

—¿Qué me dices ahora, Lise? Alguien te escribió esta nota, para que acudieras a la finca del general y encontrar, también allí, la muerte.

—Pero... ¿Tú no la escribiste, Blay?

—Tu pregunta es absurda. Desde que salimos de la Base, no hemos dejado de estar juntos, salvo cuando...

—Entonces, a mí..., a mí... ¡También querían asesinarme! ¡Es horrible!

—Peor que eso, Lise. ¡Es monstruoso! Quienquiera que sea, el muy canalla ignoraba que decidimos casarnos y pensó que tú regresarías a casa, recibirías esta nota con mi *letra* y acudirías a la cita... ¡Una sucia trampa!

Instintivamentela mujer se acercó al hombre para decir:

—¡Tengo miedo, Blay!

Nada más llegar al apartamento, Lise se dejó caer sobre el sofá. Ocultó el rostro entre las manos y, desde allí, preguntó al hombre que examinaba las otras habitaciones:

—Así es que... ¿De veras crees que eso fue un asesinato?

—Sí, cariño. ¡Cada vez lo creo más!

—¿Qué vamos hacer, Blay?

—Llamar a la policía y ponerles al corriente. Llamaré también al teniente Dickson y le diré que, por su cuenta, haga averiguaciones en la Base. Te dije que el cortocircuito que destruyó allí los *robots* tenía alguna relación con el otro cortocircuito sucedido en la finca del general.

—Pero... ¿Quién ha podido ser?

—Lo ignoro, cariño. Pero la pregunta que más interesa es... ¿Por qué?

—Sí, claro. Todo eso debe tener un motivo.

—Y debe ser un motivo muy importante. Algo que está relacionado con la llegada de las astronaves del planeta Cygni.

—En la otra nave, ¿qué había, Blay? —¡Nada! Y ése es otro misterio, Lise. Las cosas se han ido precipitando y no hemos podido averiguarlo.

—No es posible que allí dentro no hubiera nada.

—Pues así es. El *robot* parlante de Cygni nos dijo que la otra nave también venía tripulada por *robots*. El coronel Holtzman envió a un grupo de técnicos para que fueran a por ellos. Creo que se abrió la puerta, se iluminó y ahí está lo sorprendente... ¡En el interior no había nadie!

—¿Quién pudo tripularla, entonces?

—¿Y qué sé yo? Los técnicos entraron en ella y salieron diciendo que la nave estaba vacía.

—¿Quizá conducida por un control remoto, desde Cygni?

—¡Imposible, Lise! Como astrónomo y por los datos y distancias que nos dio el *robot,* el profesor Lembo calculó que ese planeta está a unos veinte mil años-luz de nuestro Sistema Solar. Dedujo que el Sol o la estrella que calienta ese mundo remoto, debe estar en la Constelación de Libra. Y es de todo punto inconcebible suponer que una nave puede ser dirigida, por control remoto, a tantísima distancia.

—¡Veinte mil años-luz de distancia! —repitió la mujer—. ¿Cómo es posible que hayan llegado esas naves desde Cygni hasta aquí?

—Las distancias no existen para ellas, porque la fuerza centrífuga que las mueve multiplica por veinte o treinta mil la velocidad de la luz. Su total forma esférica hace que se deslicen por el hiperespacio con la suavidad de un átomo. Pero aun así, según nos dijo el *robot,* tarda muchos años en llegar hasta nosotros y ése es el problema que no pueden solucionar sus constructores, los habitantes de Cygni. De venir ellos mismos, en vez de enviarnos a sus *robots* para intentar establecer contacto con nosotros, llegarían viejísimos. ¡O muertos!

El silencio que se hizo tras la explicación de Blay Farrell, fue roto a los pocos minutos de reflexionar, cuando la mujer dijo:

—Pero, Blay… Estoy pensando que de eso que has dicho, se deduce otra cosa.

—¿El qué, Lise?

—Que esos…, esos Sosias que temes, ya estén aquí, entre nosotros, tampoco podrían llegar. La distancia es enorme y no resistirían un viaje así.

—¿Y quién nos dice que, además de poder adaptarse a cualquier forma de vida o apariencia exterior, no poseen también el poder de vivir mucho, pero muchísimo más que nosotros o los habitantes de Cygni?

—¿Te refieres a que puedan ser seres inmortales?

—No sé, Lise. . Tengo la sensación de que estamos divagando. ¡Y Dios quiera que sea así!

Descolgó el intercomunicador para ponerse en contacto con la policía, y, en aquel instante, sonó el timbre de la puerta. Lise se levantó cansadamente para acudir, pero su esposo colgó el aparato, mientras exclamaba:

—¡No, Lise!¡Noabras tú!

Quedaron los dos muy juntos en el pasillo y volvieron a llamar. Se miraron inquietos y ella quiso tranquilizarse, al pensar:

—Será la recepcionista. La señora Ransky habrá olvidado decirme algo.

—Sí, Lise… Abre, pero yo estaré en ese cuarto, vigilando. No quiero asustarte con mis precauciones y pensamientos, pero no están de más, envista de todo lo que pasa. ¿De acuerdo, cariño?

—Tú mandas, amor mío.

Minutos después, la franca y cordial sonrisa del teniente Pat Summer saludó a la dueña de la casa:

—¿Qué tal, Lise?

Lise Borg estaba aún un poco indecisa; preocupada por todo lo que

había estado hablando con su esposo. Esta vacilación la aprovechó el joven piloto, para indagar:

—¿Puedo entrar, señorita? ¡Ah, perdón! Quise decir señora Farrell.

Al entrar, el jovial visitante indagó, mirando a todos lados:

—¿No está Blay?

—Pues… ahora viene. ¿No quiere beber algo, Pat?

—No, nada. Gracias, Lise.

Luego, casi sin transición y mirándole fijamente, de forma un tanto extraña el visitante indagó:

—¿Por qué no fuiste a la finca del general Quiin?

Lise Borg quedó allí, de pie ante él, galvanizada. Delante tenía al joven piloto Pat Summer, uno de los mejores compañeros de Blay Farrell. ¿Pero por qué hacía aquella pregunta? ¿Qué sabía él de la nota que, hacía poco, nada más entrar en el edificio, les había entregado la recepcionista?

La mujer quiso ganar tiempo para responder y salir de su asombro y, a su vez, indagó:

—¿Qué has dicho, Pat?

En la voz del joven piloto ya no había entonaciones amistosas ni anubles, al decir:

—¿Que por qué no fuiste a la finca del general Quiin? Blay te citaba allí. ¿No fue así, Lise?

Ella también cambió de entonación, mirándole fijamente, mientras respondía:

—Son cosas que no te importan, Pat.

—¡Te equivocas! A nosotros nos importa mucho todo esto…

—¿A nosotros? ¿A quién te refieres, Pat?

—No viene al caso… Sólo que ahora las cosas tendrán que suceder de forma distinta.

Lise Borg sintió que le temblaban las piernas. Pero el saber que Blay les estaba escuchando desde la vecina habitación le dio ánimos, encontrando valor para invitarle nuevamente:

—Siéntate, Pat. Así podrás explicarme esa actitud tan extraña. Siempre fuiste un muchacho amable y educado y ahora...

—¡Tú no sabes cómo fui yo siempre!

Su exclamación despreciativa estaba refrenada por el arma que empuñaba su mano izquierda, volviendo a hablar mientras indicaba con la derecha el sofá:

—Siéntate ahí, querida Lise... Voy a ponerte una inyección.

Lise Borg casi estuvo a punto de gritar, llamando a su esposo. Pero velozmente calculó que si Blay noacudía, era por algo, y acopió toda la serenidad que le quedaba para musitar débilmente:

—¿A qué viene eso, Pat? No...¡No comprendo!

Pat Summer sonreía, al ver a la asustada mujer temblar ante él. No dejaba de apuntarlacon el arma que sostenía su mano izquierda, mientras con la derecha, hurgando en el fondo del bolsillo de su uniforme, no dejaba de buscar algo que intentaba sacar.

Al fin puso sobre la mesita una jeringa y un tubito que parecía contener una aguja hipodérmica, agitó un pequeño recipiente, ante los ojos azules de su víctima, y anunció:

—No temas, querida Lise... Es indolora y dormirás... ¡Dormirás eternamente!

—¡Oh, Dios mío! ¿Vas..., vas a matarme, Pat? Pero... ¿por qué?

—Aunque intente explicarte mis motivos, no los entenderías, Lise. ¡Créeme!

—¡Pero quieres asesinarme! ¡Como hiciste con el general Quiin y sus invitados!

Pat Summer pareció sonreír con grotesca mueca, al exclamar:

—¡Vaya! De forma que tú piensas que el general Quiin y sus invitados no murieron accidentalmente, ¿verdad, Lise? Lo siento, pero... ¡Tienes que dejar de existir!

Los nervios tensos, con su arma de reglamento en la mano, Blay Farrell escuchaba todo aquello y se esforzaba por no intervenir, ansioso de conocer más; saber más del fondo del secreto que movía todo aquello.

Pero la mujer amenazada era Lise, su esposa, el ser idolatrado por encima de todas las cosas y ya no fue capaz de pensar más que eso.

Por eso avanzó con firmeza por el pasillo y gritó, apuntando al canalla:

—¡Suelta el arma, Pat! ¡Suéltala, o por Dios vivo que te dejo seco!

Pat Summer noobedeció. Lanzó un grito de fiera acorralada al sentirse engañado y sorprendido, girando a la par sobre sus talones para accionar su índice. La bala pasó a pocas pulgadas del hombro de Blay Farrell, al arrojarse al suelo y disparar a su vez.

Y su disparo sí que fue mortal.

Pat Summer se dobló como una rama seca tronchada por un huracán, arrastrando en su caída la mesita donde había depositado la jeringa y el tubito con la aguja hipodérmica.

Y entonces ocurrió algo totalmente inesperado y sorprendente.

El pequeño frasquito que Pat Summer había agitado ante los ojos de Lise se rompió, al chocar contra el suelo. Una densa nube de humo azulado brotó, el líquido empezó a crecer y crecer, como si al contacto con el aire se multiplicase a sí mismo, concentrándose en una gran mancha que empezó a extenderse por toda la alfombra.

Aterrada, rotos los nervios, Lise Borg corrió a refugiarse en los brazos del esposo, que no quitaba los ojos deaquella mancha roja,líquida y viscosa,queparecía tener vida propia y avanzaba hacia el cuerpo de Pat Summer.

Cuando la mancha roja alcanzó la mano del hombre muerto, trepó, por sus dedos y, al hacerlo, según le iba impregnando, la carne se fue diluyendo para convertirse, a su vez, en más líquido rojo que aumentaba y aumentaba sin cesar.

—¡Es horrible! —gritó la mujer, aterrada.

—Sí, Lise... Horrible, pero al tiempo... ¡Sorprendente!

Lo era, porque, ante sus ojos, escasamente a unos tres metros de distancia, el líquido rojo seguía impregnando el cuerpo de lo que fue el piloto Pat Summer, y al hacerlo, el cadáver desaparecía, burbujeando como si entrase en ebullición.

Incapaz de presenciar el horrible espectáculo que, al mismo tiempo, les atraía como un poderoso imán, cuando el líquido rojo seguía aumentando y ya había hecho desaparecer hasta la cintura del cuerpo de Pat Summer, la mujer se desmayó.

Blay Farrell la sintió gravitar con todo su peso, en sus brazos, y comprendió que debía llevársela de allí. Cargado con ella, sorteó como pudo la masa sanguinolenta que parecía seguir hirviendo en el suelo, alcanzando la salida para avanzar por el pasillo.

# CAPITULO XI

Cuando volvió al apartamento de Lise Borg, Blay Farrell no daba crédito a sus ojos. No dejaba de mirar al suelo, y una vez más repitió al inspector Hoffenblad:

—¡Les digo que todo ocurrió aquí ante nuestra vista!

Lewis Hoffenblad, hombre habituado a enfrentarse con los casos más insólitos, en su larga carrera profesional, consultó una libreta en donde estaban las primeras declaraciones del capitán Blay Farrell y calmosamente dijo:

—Vayamos por partes, capitán. ¿Sigue insistiendo en que el hombre que vino a verles era el teniente Pat Summer?

—¿Cómo no he de insistir, inspector? Tanto mi esposa como yo, le conocíamos perfectamente. ¡Estuvo destinado, también, en la Base de Prestwich!

El policía se revistió de paciencia y volvió a pedir:

—¿Por qué dice que *conocimos* y *estuvo,* capitán Farrell? ¿Cree que ya no existe el teniente Pat Summer?

—¡Pues claro! ¡Le vimos desaparecer, poco a poco, ante nuestros ojos, inspector!

Lewis Hoffenblad miró un instante a sus dos agentes uniformados, y luego contestó:

—Dice *desapareció* comido por el líquido rojo que brotó del pequeño frasco que tenía enla mano. ¿No es así?

—No me cree, ¿verdad, inspector?

—Bien, capitán... ¡Lo cierto es que aquí no hay rastro de todo eso que dice sucedió ante sus propios ojos!

—No sólo ante los míos, sino también ante los de mi esposa.

—Lo malo es que a su esposa no es posible interrogarla, ahora.

Sigue en el hospital, inconsciente.

—Cuando se recupere, podrá repetir mis palabras. ¡Y les hablará de la alfombra, que también ha desaparecido!

—¡Ya...! En unión del cadáver, del frasquito con el misterioso líquido rojo, de la mesita, la jeringa, la agujahipodérmica...¡Ytodo! ¿Verdad,capitán?

Blay Farrell empezaba a encontrarse molesto, incluso con él mismo. Todo aquello parecía absurdo, pero él sabía que había sido bien cierto.

¿O tenía que admitir que estaba loco, como seguramente ya empezaban a pensar los policías?

Guardó silencio, siempre fijos los ojos en el suelo, por donde había visto correr el líquido rojo sobre la alfombra. Y al no encontrar ninguna señal, ni rastro de todo lo que había sucedido, ya cansado, se limitó a decir:

—Bien, inspector. Ustedes pueden pensar lo que quieran, pero yo meratifico en mideclaración.¿Ypor

qué diablos iba a llamarles, si nada de todo eso que les dije ocurrió aquí?

—Esa es una pregunta que me gustaría poder contestar, capitán Farrell. Usted es un hombre vulgar, capaz de sufrir alucinaciones.

—¡No fue ninguna alucinación!

—Cálmese, capitán. ¡Cálmese! No estamos insinuando que esté loco o nos haya mentido. Simplemente, ocurre que nos cuesta creer todo lo que nos ha contado.

—Es natural. No son cosas que ocurren normalmente, inspector.

—¿Cuánto tiempo estuvo usted fuera de esta habitación?

—No sé, inspector. No puedo precisarlo. Cuando ante aquella visión horrible mi esposa se desmayó, creí conveniente llevarla al piso de su vecina, la señora Hons, para atenderla mejor allí, con su ayuda.

—¿Utilizó el teléfono de la señora Hons para llamarnos, capitán?

—Sí, lo hice, una vez tuve la seguridad de que vendría una ambulancia del hospital.

—Veamos... Todo eso pudo llevarle unos doce o quince minutos. ¿No es así?

—Exactamente, unos veinte, inspector. Lo sé bien, porque no hacía más que mirar al reloj. Luego, en la ambulancia, acompañé a mi esposa al hospital y rogué a la señora Hons que les dijera a ustedes que estaría allí, si llegaban antes de que yo volviese.

Uno de los agentes uniformados hizo un gesto, para interrumpir lo que iba a contestar su jefe:

—Diga, Jeff —le animó el inspector.

—En el hospital estuvimos unos quince minutos, es-cuchando —se interrumpió—. Bueno, escuchando todo lo que nos dijo el capitán.

—Gracias, Jeff, veinte minutos y quince son treinta y cinco, añadidos a unos diez que tardamos en llegar aquí y otros siete para localizar a usted en el hospital, suman cincuenta y dos minutos... Pongamos una hora, contando lo que hemos tardado en regresar aquí, a esta habitación.

—En ese tiempo, alguien ha podido estar aquí y hacer desaparecer la alfombra y todo lo demás.

El cálculo de Blay Farrell no parecía descabellado, pero el inspector insistió:

—¿Y qué me dice del hecho sorprendente de que un buen amigo, llamase a esa puerta con intención de asesinar a su esposa? ¿Qué motivos podía tener?

—Perdone, inspector. Hay algunas cosas que todavía no les he dicho.

El inspector Lewis Hoffenblad le miró, entre severo y divertido, al animarle:

—¡Pues adelante, capitán! ¿A qué espera?

—Es que... Son cosas que todavía les van a sorprender más.

—¿Más...? Le aseguro que después de lo que nos ha contado, pocas cosas habrá que puedan sorprendernos, amigo.

—Bueno, pues...¡Ahí va!

Blay Farrell respiró hondo, miró uno a uno a los tres hombres, y al fin decidió:

—Creo que el tenientePat Summer no era humano... Quiero decir, un ser como nosotros.

La pregunta brotó simultáneamente en la boca de los tres policías:

—¿Cómo dicecapitán?

—Ya lo han oído. Pat Summer no era un ser humano. No había nacido en la Tierra... O, al menos, si había nacido aquí, últimamente no era él... Bueno, quiero decir que otro ser vivía dentro de él, utilizando su cuerpo para...

—¡Alto, capitán Farrell! —atajó, molesto, el inspector—. Creo que ya le hemos oído bastante y que usted también debería haberse quedado internado en el hospital.

Se volvió a uno de sus agentes y añadió, esta vez más enérgico:

—Pida una ambulancia, Jeff. ¡Y que vengan con la camisa de fuerza!

Blay Farrell dio un bote y se apartó unos pasos de los tres policías. Se situó tras el respaldo del largo sofá, poniendo aquella débil barrera entre él y ellos, al rechazar:

—¡Les repito que no estoy loco! ¡Tienen que escucharme! ¡Últimamente han ocurrido cosas que ustedes y la generalidad de la gente desconoce! ¿Acaso no han oído hablar de los *OVNI,* de los *Platillos Volantes?*

El inspector sonrió, al decir:

—Sí, claro... ¡Pero usted está como una cabra!

Y como viera que Blay Farrell se movía, demostrando no estar dispuesto a que 1e pusieran lasmanos encima, volvió a ordenar a sus hombres.

—Ante la puerta, Jeff. ¡Este tipo no debe salir de aquí! Usted, llame a la Central, Guy.

—A la orden, inspector.

Blay Farrell vio descolgar el teléfono al agente y nuevamente gritó:

—¡No! ¡Esperen! ¡Son cosas que no deben trascender! ¡Yo mismo tenía órdenes de no divulgarlas! ¡Sólo las conocen algunos miembros del Gobierno Central Galáxico! ¿Por qué creen que todas las Bases aéreas de la Tierra están en estado de alerta, sin dejar salir a su personal?

Vio que el inspector le miraba fijamente, pero indicando con un gesto al agente Guy que no discase en el teléfono. Aquello animó a Blay, al ver que nuevamente se disponía a escuchar, y le soltó:

—Sí, inspector... Últimamente hemos tomado contacto con habitantes de otros mundos.

El inspector Lewis Hoffenblad pidió, incisivo:

—Repita eso, capitán Farrell.

—En la Base de Prestwich hay dos naves extraterrestres, inspector. Sé que muy pocas personas están enteradas de este sorprendente acontecimiento, aparte del personal destinado allí, pero lo que le digo es la verdad.

—¿Ha dicho dos naves extraterrestres, capitán?

—Dos *OVNI,* o dos *Platillos Volantes,* inspector, como quiera ustedllamarlos. Llegaron tripulados por unos*robots,* que nos envían los habitantes del planeta Cygni, que según el astrónomo Lembo...

—¡Un momento! ¿Se está usted refiriendo al profesor Silvio Lemboel que murió en la finca del general Paul Quiin, en ese desgraciado accidente?

—Sí, inspector. Pero aquel incendio no fue un accidente. ¡Fue un asesinato!

—¿Cómo...?

—Recordarán a las personas que murieron allí. Ellos, exceptuando los criados y el ayudante del general Quiin, junto a un hombre no identificado, que le acompañaba, estuvieron presentes en la charla que sostuvieron con el *robot* y...

El inspector volvió a cruzar mudas miradas con sus dos ayudantes, y más incrédulamente volvió a preguntar:

—¿Quiere hacernos creer que alguien estuvo hablando con unos *robots?*

—Sí. El coronel Holtzman, el ingeniero Hokusai Aki, el astrónomo Lembo, mi esposa y yo,

Blay Farrell notó que se acentuaba la sonrisa en los labios de los dos agentes, mirando a su jefe muy divertidos. Por eso atajó:

—Ya sé que lo encontrarán también muy extraño, pero fue así. Entre todos preparamos el informe para el Secretario de Defensa, el general Quiin.

Lewis Hoffenblad se puso a tamborilear, con los dedos, sobre el respaldo del sofá que seguía separándoles del hombre que les contaba todo aquello con la mayor seriedad, acertando sólo a musitar:

—Bien, bien, bien... Es una bonita historia, capitán Farrell. Pero hay algunas cosas que no encajan.

—¿Por ejemplo, inspector?

—Primera: si usted dice que nadie puede salir de la Base de Prestwich, ¿qué diablos hace usted fuera de ella?

—El mismo Secretario de Defensa me dio permiso. Iba a casarme con la señorita Lise Borg. ¡Eso nos ha salvado!

—¿Cómo dice?

—Que de no haber salido los dos de la Base con rumbo desconocido, en nuestro viaje de novios, ahora seguramente ya estaríamos muertos. ¡Tengo pruebas de lo que digo, inspector!

—¿Qué pruebas?

—Mi esposa recibió una carta, invitándola a la finca del general Quiin, que no pudo abrir por estar ausente en ese viaje.

—¿Quién escribió esa carta de invitación?

—Lo ignoramos. Pero la letra está falsificada. ¡Es la mía!

—¿Cómo?

—Así es, inspector. El asesino esperaba que, al recibir mi nota, Lise acudiese a la finca, para que muriese allí, también.

—¿Por qué cree que querían matarla?

—Por la misma razón que han asesinado al general Quiin y a los otros. ¡Por una información que nos transmitió el *robot* llegado desde Cygni!

—¿Qué clase de información?

—Entre otras cosas nos habló de los Sosias.

—¿Los Sosias, capitán? Créame que cada vez le comprendemos menos. Me esfuerzo en escucharle sin perder la paciencia, pero…

—Y yo comprendo que todo esto les puede parecer a ustedes muy extraño, cuando no, la charla de un loco, de un demente. ¡Pero les aseguro que todo es verdad! Más adelante podrán comprobarlo, inspector.

—De acuerdo, capitán. ¿Qué decía de esos Sosias?

—Al parecer, son unos seres extraños capaces de adaptarse a otras clases de vida, adoptando mil formas, la que más les convenga. ¡El teniente Pat Summer fue uno de ellos!

—¿Cómo lo sabe?

—Porque mi esposa y yo le vimos desaparecer, convirtiéndose su cuerpo en aquel horrible líquido compacto y viscoso. De otra forma, no comprendo cómo, siendo nuestro amigo de siempre, vino aquí para matar

a Lise.

—Le aseguro que mi cabeza empieza a dar vueltas, capitán. Pero si no entiendo mal, usted quiere decir que esos seres…, esos Sosias, pueden vivir dentro de cualquier persona, adoptan su apariencia. ¿No es así?

—No sé cómo lo consiguen, pero debe ser así. Le repito que el *robot* nos habló de ellos también.

El inspector Lewis Hoffenblad tuvo unaidea:

—Lo mejor será trasladarnos a la Base de Prestwich y que yo mismo vea esas naves y *hable* con el *robot.* ¿No le parece, capitán?

BlayFarrellnocontestó.No estaba muysegurode que les dejaran

entrar. Al menos lasórdenes de guardar aquellos secretos eran muy concretas. El mismo dudaba *hasta qué punto había hecho* bien en hablar de todo aquello, pese a sus circunstancias.

Claro que habían intentado asesinar a su esposa y tenía casi la certeza de que el general Quiin y sus invitados no habían sido víctimas de un accidente, sino de una misteriosa confabulación. Pensó que, más tarde, se justificaría con sus jefes y por eso animó:

—Podemos ir a la Base, inspector. Cuando usted quiera.

## CAPITULO XII

Cuando se disponían a descender en el ascensor, al abrirse las puertas, aparecieron ante ellos dos enfermeros del Hospital Central, acompañados del profesor Curt Hartman. Y el sabio atómico indicó, dirigiéndose al inspector:

—¡Este hombre debe ser inmediatamente hospitalizado!

Blay Farrell quedó petrificado, mirando a todos como buscando una respuesta. La mirada del inspector resultaba tan elocuente, que hasta le sonrió, al comentar:

—¡Ya decía yo que estaba loco, amigo! Todo eso que nos ha contado resulta fantástico.

Sin darle tiempo a defenderse, el profesor Curt Hartman se puso a justificar:

—Muchas veces, en los vuelos espaciales, los astronautas se desequilibran y trastornan. Pero con un tratamiento médico adecuado, pronto se recuperan y...

¡Erademasiado!

Blay Farrell dio un salto hacia atrás poniéndose agritar a todos:

—¡Narices! ¡Me encuentro perfectamente! ¡Y no sé por qué dice eso, profesor Hartman!

—¡Vamos, vamos, Blay! No sea niño. ¡Sabe que necesita cuidados!

—¿Yo?

—Usted, amigo mío, usted. De no ser así, no habría atacado a su esposa.

—¿Atacar yo a Lise? —repitió—. ¡Aquí, el que está loco es usted!

Sin prestar atención a sus protestas, con tono reposado y tranquilo, el prestigioso sabio atómico comentó, dirigiéndose al inspector y sus dos agentes:

—Perdonen, pero este hombre debe ser inmediatamente internado. Si tiene algo pendiente con ustedes, dentro de unas horas podrán verle en el Hospital Central. Pero ahora ..

La muda seña que hizo a los dos enfermeros que le acompañaban volvió a poner a la ofensiva a Blay Farrell, quien reculando por el pasillo insistió:

—¿Por qué se empeña en querer llevarme al hospital?

—Cálmese, Blay, tiene a su esposa allí y, además, usted necesita ser tratado y... ¡Todo lo hacemos por su bien!

Curt Hartman hizo una estudiada pausa y nuevamente mirando a los policías, aclaró:

—No sé lo que les puede haber contado a ustedes, inspector. Pero les aseguro que la esposa de este hombre se asustó mucho cuando le vio excitado, contándola cosas muy extrañas. Se puso a hablar de seres de otros

planetas, de un líquido rojo... ¡Qué sé yo de cuántas majaderías más! Ella no le creyó y fue cuando la atacó.

—¡Está mintiendo! ¡Yo no ataqué a Lise!

Pero el inspector Lewis Hoffenblad ya había oído bastante y decidió, dirigiéndose a sus hombres al ver que Blay Farrell se disponía a huir:

—¡A él, muchachos!

Blay Farrell siguió reculando para ponerse a la defensiva, pero instantes después tenía que luchar contra aquellos hombres, desesperadamente. Y les habría vencido si el anciano profesor Curt Hartman, situándose astutamente detrás de él, no le hubiera golpeado en la cabeza haciéndole perder el sentido.

***

Con la camisa de fuerza, casi impidiéndole todo movimiento, Blay Farrell se sentía impotente. Estaba tendido en un lecho y se dio cuenta, al volver en sí, que las paredes de aquella habitación estaban

acolchadas. A su derecha había una mesita y, sobre ella, varios frascos.

También había una jeringa y un» aguja hipodérmica, para aplicar inyecciones.

Pero lo que más le alarmó fue el descubrir un pequeño frasquito lleno de un líquido rojo que parecía plasma.

¡Sangre!

Le alarmó porque, ya sin tenerninguna duda, le identificó con el que fugazmente había visto en las manos asesinas del teniente Pat Summer, cuando fue al apartamento de Lise para asesinar a la muchacha. Se movió en el lecho y alzó la cabeza lo que pudo, al gritar:

—¡Enfermera!¡A mí! ¡A mí!

Pese a la camisa de fuerza que le aprisionaba, logró incorporarse, y entonces sus ojos descubrieron un rostro conocido. Era el profesor Curt Hartman que le sonreía desde el fondo de la habitación.

Los dos hombres se miraron intensamente, Blay Parren con odio y el sabio atómico con ironía y burla.

Le sonreía...

Blay Farrell recordó y, cuando el anciano caminó hacia él, furiosamente indagó:

—¿Qué diablos hace aquí y por qué se empeñó en que me internasen en el hospital?

—Daré satisfacción a todas sus preguntas, Blay. ¡Con mucho gusto!

—Empiezo por decirme por qué me han metido aquí.

—Va a ser sometido a un tratamiento muy... *especial,* amigo mío.

—¿Qué gana usted, haciendo creer que estoy loco?

Antes de responder, el anciano miró furtivamente a la puerta de la habitación, como para cerciorarse de que seguía cerrada. Luego, su vista pasó a la mesita para fijarse en el frasquito con el líquido rojo, mientras sus manos, bien cuidadas, manipulaban en la jeringuilla armándolacon la aguja hipodérmica.

Y habló sin pausa:

—Le he traído aquí, porque le conviene, amigo Blay.¡Pronto se encontrará muy bien!

—¿Qué va a inyectarme? ¿Qué es eso? —indagó el hombre, atrapado en aquella ropa que no le permitía defenderse.

Las cuatro pupilas volvían a taladrarse y el anciano puso gran énfasis, al musitar:

—¡Voy a inyectarle Savia de Vida, Blay! ¡Savia de una vida que le maravillará!

Una especie de luz brilló en el cerebro de Blay Farrell, obligándole a decir:

—Profesor Hartman, usted... ¡Usted es de los *suyos!* ¿Verdad? ¡Es uno de esos *Sosias!*

—Sí, amigo mío... Y en este hospital hay varios como *nosotros.*

—¿Y qué va a inyectarme? ¿Es..., es así como se transforman? ¿Tal como quiso hacer Pat Summer con mi esposa?

—Veo que sigue tan inteligente, Blay. ¡Así es!

Y tras hablar, sentándose en el borde del lecho ymostrándole el pequeño frasquito de líquido rojo, amplió, con voz insinuante:

—¡Ya verá qué dulce es! ¡Aquí está el fluido vital de un Sosia! ¡Ha viajado por el espacio durante muchos años, amigo mío! No llegó destinado para usted, pero complicó las cosas y... ¡Tienes que ser uno de *nosotros!*

Impotente dentro de aquella ropa, a Blay Farrell le molestó aquel tuteo y todo lo que estaba haciendo elprofesor Hartman. Le miraba como hipnotizado al verle cargar la jeringuilla con aquel líquido rojo y gritó, desesperadamente:

—¡No!¡A mí no!¡SOCORRO!

—No seas niño, Blay. Nadie puede oírte. Esta habitación está construida a prueba de ruidos. ¡Para que los *locos* como tú no molesten!

—¡Yo no estoy loco! ¡Usted hizo que lo creyeran así!

—Fue preciso... Hablaste demasiado sobre todo lo que contó el *robot.* En la Tierra nadie... ¡Nadie, Blay!, debe saber que hay seres en otros mundos que pueden adoptar apariencia exterior. ¡Eso les alarmaría, y se pondrían en guardia!

Forcejeando inútilmente dentro de aquella ropa que le sujetaba al lecho, encontró ánimos para decir, al ver que la aguja ya se acercaba a su brazo:

—¿Por qué queréis vivir aquí, en la Tierra? ¿No estáis bien en vuestro mundo?

—Sí... ¡Muy bien! Pero aspiramos a dominar todo el Universo. ¡Y lo vamos consiguiendo! Nosotros no poseemos armas tan poderosas como vosotros o los inteligentes habitantes del planeta Cygni... ¡Pero utilizamos sus veloces naves para llegar a todos los planetas! Sin saberlo, ellos mismos nos sirven... ¡Y muchos de los habitantes de Cygni ya son de los nuestros!

—¿Y aquí, en la Tierra?

—También... ¡Ya somos millones, Blay! ¡Millones!

—¡No! ¡Niego eso!

—Puedes negarlo, Blay. ¡Pero es verdad! Yo mismo,

al que todo el mundo aún cree el profesor Curt Hartman... ¡Ja, ja,ja.

Aquella carcajada casi histérica, heló la sangre a Blay Farrell, que estaba hondamente impresionado por todo lo que oía.

¿Cómo era posible todo aquello?

—Tranquilo, Blay. ¡Tranquiló! Aparentemente, tú seguirás siendo Blay Farrell, el excelente piloto que hace poco se casó con Lise Borg. ¡No cambiarás absolutamente en nada! Pero por tus venas ya no correrá sangre humana, como por las mías ya corre la de otro ser que llegó hasta aquí en estos pequeños frasquitos.

—¡Nunca renunciaré a mi condición humana! —protestó, en su impotencia, Blay Farrell.

—No podrás evitarlo.

—Pero yo... ¡Yo moriré! ¡Va a matarme! ¡Va a asesinarme!

—Razonas mal, Blay... Morirás tú, pero otro ser vivirá en tu cuerpo.

—¡Un ser monstruoso! ¿Desde cuándo están llegando a la Tierra?

—Desde que los habitantes de Cygni llegaron aquí con sus naves. ¡Ya hace tiempo!

Blay Farrell recordó. Y más que su miedo, pudo su curiosidad, al decir:

—¿Son ellos, esos *robots* que nos envían desde Cygni, los que os traen, sin saberlo?

—Sí, amigo mío. ¡Te lo dije antes! Son máquinas que, por muy perfeccionadas que estén, es fácil engañarlas. En Cygni tenemos a muchos de los nuestros, infiltrados.Son los que colocan los frasquitos con la savia vital. Al llegar aquí sólo tenemos que inyectarla en algún cuerpo humano y...

Blay sabía que él, como cuerpo humano, iba a morir. Sabía que su envoltura física sería utilizada para que uno de aquellos extraños seres, viviera en él. A partir de aquello, colaboraría en su trabajo de penetración de la raza de los *Sosias.*

¿Cuántas envolturas humanas ya servían así? ¿Qué altos puestos ocupaban? ¿En qué sitios claves se habían infiltrado?

¿Cuál era su poder real en la Tierra?

¿Cuál su último fin...?

No tenía tiempo para contestar a tantas preguntas como se formulaban en su mente torturada. Pero los minutos que le quedasen de vida, siendo aún el auténtico Blay Farrell, los emplearía para luchar como un ser humano. Para luchar como correspondía a un hijo de la Tierra.

Estaba impotente, aprisionado en aquel traje. Pero le quedaba la inteligencia y la emplearía.

Al menos, para ganar tiempo.

—Dígame una cosa, profesor... ¿Por qué no encontraron otros *robots,* tripulando la otra nave?

—¡Los encontraron, Blay! Pero el coronel Holtzman envió al

teniente Pat Summer, ignorando que ya era uno de los nuestros. ¡Él se encargó de inyectar a los hombres que le acompañaban...! ¡Y la transplantación se realizó! Precisamente los *envíos,* llegaban en aquella nave. Cuando fueron, ya todos eran de los nuestros. ¿Comprendes ahora?

—¿Y qué pasó con el que ocupaba el cuerpo de Pat Summer? ¡Yo le vi desaparecer en el apartamento de mi esposa. Su cuerpo se convirtió en líquido rojo, cuando entró en contacto con el que se vertió del frasquito que llevaba.

—¡Esa es nuestra muerte, Blay! Si la Savia de la Vida se vierte antes de penetrar en el cuerpo de otro ser, se extiende, se desparrama, cuece, hierve y al fin, se consume. ¡Necesita la envoltura de otro cuerpo, para seguir viviendo!

—¿Quién cambió la alfombra manchada? —quiso saber.

—¡Nosotros! Tú estabas muy atareado con el desmayo de tu esposa.

Blay vio aquellas manos que se acercaban a su brazo para clavarle la aguja y gritó:

—¡Nunca conseguiréis vuestros fines! ¡NUNCA!

—¡Te equivocas! No somos poderosos como vosotros, pero nadie ha sido capaz, hasta ahora de identificarnos. Tenemos la capacidad de adoptar mil formas, y podemos así vivir en todos los planetas. ¡En mundos distintos! Y nuestro mayor poder es ése.

—Ahora comprendo por qué asesinasteis al general Quiin y sus invitados. Porque el *robot* nos habló de los Socias. ¡De vosotros!

—Sí... En Cygni ya saben de nuestra existencia. ¡Pero sin incapaces de identificarnos! Toda su maravillosa y adelantada ciencia, nada puede contra nosotros.

Hizo una pausa y añadió:

—Por ejemplo, ¿quién sospechar que tú no sigues siendo Blay Farrell, aunque, en realidad, no sea así? De no habértelo dicho yo, ¿habrías sospechado que no soy el profesor Curt Hartman? Saldrás de aquí *curado* de tus visiones y ataques de locura. Volverás a prestar servicio en la Base de Prestwich, pero como ya serás un Sosia, uno de los nuestros... ¡Nos servirás desde allí!

—¡Sucia jugada! ¡Es una invasión de gusanos!

—No, Blay: di más bien que es una invasión muy inteligente. Llegará el día en que todos los puestos claves estarán en nuestras manos y entonces…

—¿Qué pasará entonces, monstruo? —gritó Blay, en su impotencia.

No obtuvo respuesta, porque aquel ser volvía a inclinarse hacia el brazo del hombre, dispuesto a ponerle la inyección.

Blay Farrell nada podía hacer y cerró los ojos.

Pretendía negarse a creer que él, todo su cuerpo, pronto sería el albergue para un extraño ser de otro planeta.

Pero sería así…

# CAPITULO XIII

La mano amistosa del inspector Lewis Hoffenblad, quedó extendida ante el hombre que tenía ante él, felicitándole:

—Fue usted muy valiente, Blay.

El joven piloto también sonrió, pero fue para rechazar:

—No lo crea...¡Fue terrible! Sentí que...

—Comprendo lo que sentiría en momentos así, pero tuvo agallas para ponerse a discutir con el falso profesor Curt Hartman y eso... ¡Eso nos dio muchas pistas!

—La verdad, inspector. Yo ignoraba que habían instalado en aquella habitación, unos micrófonos, para registrar todo lo que se hablase allí.

—Razón de más para que le felicite, Blay. Lo hice porque, en cierta forma, aunque yo también creí que usted estaba loco, por todo aquello que nos contó, me intrigó el interés del profesor Hartman por internarle a usted en el hospital y...

Hizo un gesto con las manos y, como excusándose, manifestó:

—¡Ya sabe, Blay! ¡Los policías somos así! ¡Sospechamos, por norma, de todo!

—¿Ya se les va localizando a todos? —quiso saber el joven piloto.

—¡Oh, sí!

—¿Resulta muy difícil conseguirlo?

—¡Al contrario! Basta con un análisis de sangre. ¡Así se les caza!

Por un minuto, los dos amigos guardaron silencio, hasta que el capitán Farrell quiso concretar:

—¿Cuántos hasta ahora, inspector?

—Pues unos seis millones... Claro está, esparcidos por todas partes.

—¿Entre nuestros oficiales, también?

—También. Eran los preferidos, para ellos. Pero se ha empleado mucha cautela. Se han acordonado los distritos, los equipos sanitarios se han presentado inesperadamente y... ¡A trabajar! No puede escapar ni uno: desde ahora será cosa de coser y cantar.

Blay Farrell volvió a recordar y casi sintió un escalofrío al decir:

—Un minuto más en entrar en aquella habitación... ¡Y yo no soy yo, a estas horas, inspector!

—Estábamos preparados. ¡Nunca habría dejado que le inyectasen a usted, Blay. Bastó con todo lo que habíamos oído.

Era difícil apartarse de aquel tema tan candente, pero el policía creyó prudente preguntar:

—¿Y su esposa?

—Ya está bien: la pobre no ha llegado a enterarsede que ella también estaba elegida para ser inyectada.

—Me alegro: los dos tienen derecho a la felicidad que ahora les espera.

Blay Farrell sonrió, pero anunció:

—También nos espera mucho trabajo, Lewis. Somos de los que tenemos que poner en marcha el Gran Proyecto.

—¿Se refiere a intentar el viaje al planeta Cygni?

—Eso es.

—¡Buena aventura! Eso debe quedar muy lejos. —Cierto, pero... Le diré, Lewis. La Tierra debe su existencia a los seres que pueblan ese mundo. Ellos acondicionaron los cerebros electrónicos en sus *robots,* para avisarnos de la existencia de los Sosias. De no ser así... ¿Cómo nos habríamos enterado?

—Sí, Blay, pero... ¿Cómo llegar hasta allí?

—¿No llegan sus naves hasta aquí?

—Cierto. ¡Pero conducidas por *robots!*

—Podemos hacer lo mismo. El caso es entrar en contacto. Por otra parte, copiando los mecanismos de sus astronaves adelantaremosmucho. Durante siglos, ellos han estado enviando sus *OVNI,* realizando un esfuerzo titánico. Ahora nos toca a nosotros.

El policía nuevamente sonrió al manifestar, muy satisfecho:

—Lo cierto es que les hemos ganado la batalla a esosSosias.

—Cierto; aquí en la Tierra han sido localizados yvencidos, perola lucha debe seguir, amigo mío. ¡Yasabe que pueden sobrevivir en cualquier cuerpo que utilicen! Por eso nos interesa entrar en comunicación constante con los habitantes de Cygni. Entre ellos y nosotros, en cualquier parte del Universo donde se les localice... ¡Se les combatirá!

—Confío en la raza humana, Blay. Y confío tanto porque, mientras haya hombres como usted, de su temple y coraje... ¡La Tierra seguirá siendo la misma!

—Gracias, Lewis.

Los dos paseaban cogidos de la mano bajo una noche estrellada, cuando mirando al cielo negro y clavando los ojos en uno de los lejanos puntitos luminosos, la mujer musitó:

—¿Crees que en Cygni recibirán nuestro mensaje, cariño?

Blay Farrell también clavó la mirada en el infinito, al contestar:

—Seguro, Lise. ¡Y desde ahora el Universo se hará más pequeño!

—¿Y si no lo conseguimos?

—¡Seguiremos intentándolo!

Siguieron paseando en silencio, hasta que nuevamente la mujer lo rompió al manifestar, siguiendo el curso de sus pensamientos:

—A veces me pregunto por qué, a través de su dilatada Historia, la raza humana siempre ha tenido que luchar.

—Hazte otra pregunta cariño.

—¿Cuál, Blay?

—¿No se adormecería la inteligencia y el espíritu humano, de no

ser así?

La mujer reflexionó, antes de admitir:

—Sí... Creo que sí.

—Las grandes metas se alcanzan trabajando y superando todos los obstáculos. Y así como las cosechas resultan mejores una vez se ha limpiado la tierra de la cizaña, las futuras conquistas del espacio serán más fructíferas y mejores según los seres inteligentes vayan venciendo a los Sosias o a los habitantes de otros planetas lejanos, que pretendan interrumpir esa constante evolución hacia metas más superiores.

Lise miró a su esposo, interrumpió su marcha para estrecharse contra él y apoyar su cabeza en el pecho masculino, al musitar:

-Y yo estoy muy orgullosa de ti, Blay. ¡Lo estoy, porque eres de esos elegidos!

El la besó.

Y quizá las estrellas, desde sus remotas distancias, por un instante brillaron más en la armonía del Universo.

F I N